

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 28 de Mayo de 1899.

Número 22



Don Emilio Castelar,

† EN MURCIA EL 25 DEL ACTUAL.

(Véase La Semana.)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Las mañanitas así, con su luz virgen y curiosa, su cielo muy claro y muy azul, sin una mancha, sin la huella de una nube, y su aire fresco y húmedo, con transparencia de cristal y centelleos de piedras preciosas, son la delicia de los madrugadores, de los que se levantan con el día, de los que tranquilamente cierran los párpados cuando viene la sombra para que no se asusten las niñas de sus ojos, y los abren al mismo tiempo que las últimas estrellas se diluyen en la claridad de nieve del alba.

Las mañanitas así, puras y radiantísimas, que se visten de almas gloriosas para ofrecer flores al sol, que asperjan de rocío los nidos para que despierten los músicos y en cada árbol se toque una aleluya á toda orquesta, que destapan las urnas de las rosas para que se perfumen los campos, y echan á vuelo las campanillas para que repiquen la gloria, las mañanitas así, que ponen un grano de oro en cada arena, una gota de fragancia en cada cáliz, un gorjeo en cada ave, una sonrisa en cada boca, son la más exquisita coquetería de la Primavera, y reparten á todo el que se lo pide, á manos llenas, como quien dá limosna, con un tesoro inagotable, la alegría de vivir.

Las noches sin luna, enlutadas y llorosas, como viudas inconsolables, hacen de la Ciudad un campamento. De lejos, entre la obscuridad, los bloques de casas, parecen pesados y gigantes monumentos sepulcrales, y los focos eléctricos, lamparillas de tumba. Uno que otro lucero, como blandón de luz cansada, se enciende, por intermitencias, en el paño fúnebre del horizonte.

Pero sacude la aurora sus desteñidos pabellones de púrpura, en el fondo del paisaje, y la mañana de luz virgen y cielo azul abre la ventana del sol y se asoma, y sonrío, y dice jubilosamente: "Buenos días"

"Buenos días, señoritas flores; lirio, qué blanca está tu seda; anoche estuviste bruñendo tu tocado de oro, margarita; camelia, qué pomposa está tu gola de encajes; amapola, que joyel de brillantes te pusiste sobre el raso de los pétalos; qué vaporosa muselina pompadour la de las caléndulas; qué penacho tan gallardo el de los claveles!"

"Buenos días, jóvenes pájaros, bulliciosos artistas; vamos, hijos, á ver qué vieja canción ó qué empolvado motete ensayáis ahora. Qué numerosos están los coros. Suenan un orfeón en todos los árboles!"

"Buenos días, muchachos enamorados; perezosos! que se llega el momento de la cita. Amaneció. Romped el hilo de luz del sueño con el que atáis las alas al amor; la vida se ha vuelto hermosa. La Naturaleza está contenta. Hay una boda en cada rama!"

Y mirad cómo los madrugadores, los buenos, los felices, los pobres, los que habitan las casas de barrio, el escribiente, la costurera, el *calicot*, el obrero, el estudianto, los que no viven de noche, porque la noche es muy mala, y muy cara porque los refinados placeres nocturnos, insanos y artificiales, no están á su alcance; los que se levantan con el sol, van por las calzadas de la Reforma, bajo la húmeda ojiva de los árboles, en parejas silenciosas, en bandadas cantantes; éste, pensativo soñador, de andar lento; aquél, mozalvete apresurado, que teme llegar tarde á donde lo esperan un beso y una mirada; esos otros dos, él y ella, en un coloquio de risas, todos aspirando el aire á plenos pulmones y sintiendo en el corazón la gran alegría de vivir.

¡Oh, mañanitas de Mayo, de cielo muy azul, de aire muy limpio, de luz muy blanca, y qué buenas sois para las flores, para las aves y para los enamorados!

**

Rostand está en un manicomio. Esa alma, fuerte y brillante, como la armadura de Lohengrin, se ha hecho pedazos al golpe de mazo de no sé qué sombrero y formidable pensamiento. La fantasía de este alto poeta, vuela, libre ya y escapada de la jaula de la razón, por los infinitos cielos de la locura.

Edmundo Rostand cayó al mar negro de la insania desde la cumbre resplandeciente. Llevaba poco más de un año de haber llegado allí y en pie había quedado, triunfante y tranquilo destacándose en un rompimiento de gloria; sonó en París la trompeta de su heroica poesía y el Arte se estremeció de júbilo. Un personaje apareció en el tablado del teatro y empezó á hablar en un idioma fastuoso, sencillo y rico, picaresco y apasionado, y la Crítica desarrugó el ceño, llamó al joven poeta y le dijo: aquí, donde se hacen tantos manequés, has hecho un hombre; y este hombre lleva dentro toda el alma de Francia.

En efecto, de los pareados alejandrinos, de las elegantes combinaciones métricas, de cada verso, de cada palabra, del conjunto de la maravillosa comedia, se desprende como de un pebetero el humo perfumado, el espíritu francés. Los arranques de amor, los ayes de dolor, los gritos de cólera, los sollozos de agonía, están en la obra de Rostand encubiertos y como disimulados por el diáfano y co-

lorido velo del *sprit*. La gracia irónica, la malévolita reticencia, el símil alado y frágil como una mariposa, la pasión y la ternura tramadas de no sé qué risueño y drolático escepticismo, hacen de *Cyrano* el arquetipo de un pueblo, que burla, burlando, ha sufrido y amado mucho.

El que supo concebir este maravilloso feo, este valiente y atrevido gascón, este bravo, generoso y audaz, este ingenio peregrino y callejero, este trovador narigudo y caballeresco, que hoy cruza gallardo y ágil con el chafarote desnudo y ondeante el esponjoso penacho blanco por todos los escenarios europeos, el poeta que creó á *Cyrano*, el mimado de la gloria y de la fortuna, el que vivió en un aire de aplausos y sobre una alfombra de admiraciones, se pasea hoy meditabundo y solo, llevado de la mano por la invisible Musa, en el jardín de un manicomio.

No me extraña. Los artistas de este tiempo, que golpean á la vida como á una amante infiel que se empeñara en perseguirlos, los neuróticos que tienen alegre la tristeza y que se refugian en el Arte, como los malhechores en los templos, los grandes y dolorosos artistas que beben en la dorada copa el tósigo del dolor y del desencanto, suelen hacer este luminoso viaje al país de la Locura, antes de tenderse perezosamente en la barca que ha de conducirlos por el río de las aguas silenciosas.

**

¡Cuán distinto del poeta francés, este otro excelso poeta español que se dejó acariciar por la muerte cuando ya nada tenía que decir al mundo, porque todo se lo había dicho en cincuenta años de oración perenne y magnífica al ideal! Emilio Castelar llevó una existencia sonora, exaltada, sublimada, altísima; existencia de profeta y de apóstol. Fué el amante inquieto, el Romeo de la Libertad. ¿Un poco iluso de él? No lo creáis; ese joven visionario que predicó la buena nueva, ese ardiente orador, que dejó caer su palabra como lluvia de fuego sobre las multitudes asombradas, ese atrevido revolucionario en cuyo verbo fulgurante se enredaban, como látigos, los dogmas de la democracia, ese arrebatado profesor de Historia, que exprimía de los sucesos humanos el amor y lo derramaba en las almas como un bálsamo, ese vate numeroso, de amplias imágenes, y tropos inauditos, era un divino sembrador de libertad. La inmortal semilla germinó en muchos espíritus plantada por su mano. No fué su lucha estéril, ni su voz clamó en los desiertos. Sus prédicas elocuentísimas convirtieron á muchedumbres.

El hombre público, con sus errores y sus caídas, con sus apasionamientos y sus debilidades, muy en breve será definitivamente juzgado. Esta parte del monumento que se levanta á uno de los ingenios españoles más poderosos podrá quedar sombría; pero el lado que se conservará siempre resplandeciente, con resplandor intenso y vivo, ha de ser el que corresponde al soberano y glorioso poeta que hizo del habla castellana el más acabado y perfecto instrumento de la expresión. Nadie como él le encontró tantos secretos, tantas y tan vastas sonoridades, ritmos tan gratos, armonías tan sutiles y deleitosas, músicas tan suaves y exquisitas. El largo y rotundo período, la frase airosa y pulcra, la oración robusta y fuerte, de vértebras de acero, el epíteto abundoso y pintoresco, el sustantivo exacto y flamante, el verbo, creador espíritu, soplo vivificador, á cuyo aliento se movían las voces, alzaban el vuelo las expresiones, flameaban los vocablos como antorchas, y cantaba el idioma cosas jamás oídas.

A veces, autójaseme el estilo de Castelar una de esas viejas catedrales góticas erizadas de agujas, cuajada en el pórtico de górgolas, endriagos, ángeles, tréboles y quimeras, y por dentro, de largas y altas naves que adornan los calados rosetones y los capiteles de hojas de espino; rasgando los muros las ojivas, como luminosas manchas de colores, y de trecho en trecho, las lámparas colgadas de gruesas cadenas, y en cuyo tazon de hierro enmohecido, boga una llamita, ocre y trémula, como el ala de un insecto naufrago en el aceite. Por allí cesfílan las ideas encapuchadas y el rumor de sus pasos despierta los ecos soñolientos. Todo está mudo y triste: en la penumbra, se adivinan unos cuantos fieles arrodillados: una que otra devota pasa persignándose y mascullando sus monótonos rezos. No hay flores en las gradas ni cirios encendidos en el tabernáculo. Pero avanza el día y llega la hora de la fiesta. Y entonces la solemne catedral se ilumina de improviso, cuelgan de las bóvedas cortinajes y flámulas, desata el órgano su torrente de broncos sonidos, se incendian los altares, brilla el oro de los ornamentos con inesperadas refulgencias, la muchedumbre, invade la catedral desierta, el humo del incienso flota por todas partes como una gasa perfumada, y los fieles entonan un himno litúrgico que estremece las piedras y atruena los aires.

A veces, también, figúrome el estilo de Castelar como la plaza de una ciudad muy populosa en la Edad Media.

Vienen las multitudes en tumulto, de las calles cercanas, y se congregan allí, alborotadas y rumorosas como mar en borrasca. Se confunden y mezclan los colores de los trajes, se alzan en alto los brazos como espigas que el viento sacude, de cada boca sale un grito, en

cada mano relampagua un puñal. Fulguran á lo lejos las lanzas como puas de luz.

Y de repente, en el balcón balaustrado del palacio, aparece el príncipe, ataviado de púrpuras y gemas, descubierta la cabeza de cabellera blonda, quieta y penetrante la mirada azul, sereno y noble el rostro, de perfil numismático. Detrás del príncipe, intranquilos y nerviosos se agrupan los cortesanos y los pajes. Y á la arenga real, apenas perceptible en los primeros instantes, sucede un dramático silencio, luego unas tímidas palmadas, en seguida un vivo estruendo, y al fin un cántico popular de regocijo y glorificación.

No seduce, pasma, obliga, domina, en verdad, este fecundísimo escritor que en su candorosa elocuencia no enturbió jamás las linfas de un estilo siempre puro, que recorrió todos los matices de la pasión y erró por todos los horizontes de la idea.

Castelar escribió historia, filosofía, novelas, viajes. Como historiógrafo es un gran pintor de cuadros decorativos. Como novelista. Castelar tomó la forma narrativa de la novela como un pretexto para hacer disertaciones empapadas de conmovedora poesía.

Y en cualquier parte, en la cátedra, en la tribuna, en el libro, no dejó nunca de pensar alto y de sentir hondo este hombre bueno que amó la libertad por sobre todas las cosas de este mundo.

**

—¿A dónde irás?—me preguntas, linda y aburrida amiga mía?

—El campo y la zarzuela son las únicas diversiones, pero en el campo llueve y el teatro es, por hoy, el mundo del fastidio. ¿Quieres escuchar mis consejos? Abre un buen libro y quédate en casa.



Fragmentos de un libro de viaje.

Todavía en Varsovia.—El Dr. Alexandrof.

Voy á presentar á mis lectores á un sabio de raza eslava, muy digno de ser conocido, tratado y encomiado; se llama el Dr. Alexandrof, es fornido, vigoroso, de alta estatura, de ademanes prontos, sobrios y enérgicos, de mirada firme y casi dura, es Director del Hospital Militar de Varsovia, tiene, no recuerdo bien, que ingerencia en los asuntos sanitarios de la ciudad, y los médicos mexicanos tuvimos que tratarle para obtener de él nuestras cartas de congresistas.

Sobre muchas circunstancias loables, ofrece una bellísima: su hogar, su familia, en la que descuella, como fragante rosa, su hija, encantadora y muy inteligente muchacha que desempeña cerca del padre las funciones de secretario. Decir la amabilidad con que esta linda joven trató, no sólo á los médicos mexicanos, sino á los franceses, alemanes y de otras nacionalidades, que á Varsovia acudían con el mismo objeto que nosotros, fuera difícil; habla el francés con una pureza y corrección admirables, habla el alemán con soltura, no ignora el inglés; ¡ay! sólo la hermosa lengua de Cervantes no alcanzaba á hacer vibrar los frescos labios y la voluble lengua de la Srita. Alexandrof.

Sin embargo, para que no quedara desmentida en ella la sorprendente aptitud que para hablar extrañas lenguas posee la raza eslava, la hermosa joven, á la tercera entrevista con nosotros, pronunciaba ya con mucha corrección nuestros nombres y apellidos, y su fisonomía gesticulaba con la mayor gracia, según la impresión que cada nombre despertaba, en su bueno y penetrante oído; el mío, de origen griego, le era familiar al revés de lo que con él pasaba á los franceses que jamás acertaban á pronunciarle; el de Nicolás lo pronunciaba con un afecto respetuoso, demostrando así la cariñosa veneración que los súbditos rusos tienen por su soberano.

Casi imposible será que estas líneas lleguen á manos de esa varsoviana seductora, y aun caso de llegar, serían para ella incomprensibles, lo que es de lamentarse, pues así sabría la grata impresión que dejó en los mexicanos, que tan transitoriamente la trataron.

El doctor, amable en el fondo de su austeridad casi ruda, nos mostró su gabinete de estudio, amueblado con gusto y sencillez al estilo parisiense, enseñándonos algunos instrumentos científicos curiosos, entre otros una geringa de su invención, destinada á infectar jugos orgánicos, y que pensaba presentar en el próximo Congreso Internacional de Moscow.

Un día, pues, arregladas nuestras cartas de congresistas, el sabio-doctor invitó á la comisión mexicana á visitar por la tarde los filtros de Varsovia, colosal obra de saneamiento que tiene por objeto purificar las aguas del Vístula, y á ver de regreso el Hospital Mi-

litar. Todos aceptamos gustosos la invitación, y como era medio día tuvo la bondad de acompañarnos al Dr. Carbajal y á mí al Casino Militar de Varsovia, donde almorzamos en compañía de un médico de los hospitales de París. Era un día caluroso del mes de Agosto, mas las mesas del restaurant estaban en el jardín del Casino, cuya frescura amortiguaba los rigores de la estación.

Terminado el almuerzo nos reunimos con el Sr. Li-ceaga y los demás médicos mexicanos, á la sazón en Varsovia, y acompañados por el médico de los hospitales de París, y guiados por el Dr. Alexandrof, después de acomodarnos en un número competente de droikas, nos encaminamos á ver los colosales filtros.

Colosales á la verdad, no recuerdo haber visto en mi larga excursión una obra de tal magnitud, de tal importancia, en cuya ejecución los rublos han corrido formando un río más caudaloso que el Vístula, que la obra está destinada á purificar. Al contemplar tal monumento de higiene, se maravilla uno de la audacia rusa, de la paciencia y energía de ese pueblo admirable, que, confinado antes al último rincón de Europa, hoy se extiende acometedor y osado por todo el viejo mundo. Junto á los filtros de Varsovia, palidece el *Croton reservoir* del Parque Central de Nueva York, á pesar de ser también una maravilla y la obra de un pueblo, cuya actividad y empuje conocemos por desgracia demasiado bien los mexicanos.

Esta imponente obra de saneamiento está situada en las afueras de la ciudad, ocupa una grande extensión de terreno cercado por una tapia. Comenzamos nuestra visita por el gabinete bacteriológico anexo á los filtros, y que es, por decirlo así, el termómetro que mide el grado de purificación de las aguas. Está confiado á un bacteriólogo alemán; allí se ven muestras de las aguas del Vístula antes de ser sometidas á la purificación, y en las diferentes fases de ella.

Excusado es decir que antes de ser purificadas, las aguas de aquel río colosal se encuentran infestadas de muchas y muy terribles bacterias, y que estos terribles, aunque diminutos huéspedes, van progresivamente disminuyendo á medida que la purificación avanza, y que las últimas muestras, *échantillons*, que dicen los franceses, son casi ópticamente puras.

¡Qué impresiones tan especiales se experimentan en aquel reducido gabinete! ¡cómo se admira allí el poder de la ciencia, y qué albagadores ensueños acarician nuestra imaginación, sobre las mejoras futuras de la condición humana! El Vístula, ese enorme río de 1,100 ks. de longitud, que en su largo y sinuoso curso riega el Austria, la Polonia y la Prusia, y cuyas turbias aguas beben los hijos de Cracovia, de Sodomir, de Varsovia, de Marienbourg y de otras poblaciones de menos importancia, recibe cantidades enormes de desechos é impurezas orgánicas, y en sus movibles cristales pululan por miriadas de miriadas esos micro-organismos formidables, que el genio de Pasteur ha revelado y enseñado á descubrir y á vencer. Pues bien, gracias á los filtros de que hablamos, esas aguas van deponiendo gradualmente su virulencia, van recobrando su pristina pureza, y van paulatinamente volviendo á ser lo que la Madre naturaleza quiso que fueran: una de las materias primas más preciosas de nuestra vida. Ah! cuando la bacteriología avanza más, cuando las naciones todas estén convencidas, como ya lo están las más adelantadas, de la importancia de la higiene, y de sus poderosos y eficaces medios, entonces los hombres beberán aguas límpidas é inofensivas, respirarán aire puro, hollarán un suelo sano, y la vida humana será menos corta y menos miserable.

Concluida la visita del gabinete bacteriológico, presurosos y llenos de curiosidad, nos encaminamos á visitar los famosos filtros.

PORFIRIO PARRA.

DE LA VIDA BOHEMIA.

Es curioso, verdaderamente curioso, que el buen burgués que odia á los *desequilibrados* y para quien todo lo que no es comercio y ahorro es desequilibrio, haya sentido brotar en su corazón de paquidermo una ráfaga de simpatías para ese grupo de especiales *qui ipsa lingua Bohemia appellatur*. La arrobadora inspiración de un maestro de la nueva escuela melódica, que labró un canto sobre el viejo espíritu de Henry Mürger, ha venido á revelar ante los ojos atónitos de la muchedumbre, las extrañas intimidades de un grupo que nunca soñó con divertirse á Monsieur Prud'homme, sino que más comunmente suele divertirse con él. Y cuando Monsieur Prud'homme vió descortarse la cortina que le ocultaba la existencia de esos que para él no pueden ser más que unos pobres diablos, he ahí que Monsieur Prud'homme se ha enternecido con los amores—¡pecaminosos!—de Mimí y de Rodolfo, y que en su voluminosa testa de tapir ha surgido la obsesión de darse á vivir, él también, su partícula de esa *poética* vida bohemia, ebria de besos, de juventud y de ilusiones! ¡*Vida gaya y terrible*, Monsieur Prud'homme, que de ninguna suerte está hecha para tí, puesto que para ser bohemio genuino es preciso ante todo tener talento!

Sí, Henry Mürger hubo menester de Giacomo Puccini para ser comprendido por las multitudes; la poesía pura tuvo necesidad de ser glosada y puesta en música para que penetrara dentro del cráneo de Monsieur Prud'homme; lo cual prueba—no que la música sea la menos intelectual de las Artes, libreme Dios!—que muy á menudo las Artes tienen que tenderse una mano fraternal para vencer las sinuosidades de la ruta.

Henry Mürger en sus páginas y Giacomo Puccini en sus notas, han idealizado magnamente la vida bohemia y la han envuelto en tanta poesía, que, quien por ellos la conoce, imagínasela como la más hermosa, como la más envidiable, como la más feliz que puede darse. La palpitante tragedia que la multitud ha visto desarrollarse sobre la escena, con todo y ser de una intensidad desgarradora, no ha hecho más que acrecer sus simpatías por los bohemios, porque ha encontrado en ellos, en ellos que van por la extraviada senda de los desórdenes, algo que no se esperaba puesto que aún en su propio medio, tranquilo y burgués, es ya demasiado raro: un corazón completo y grande, y una sinceridad floreciente. Y por cierto que Illica, al entresacar de las *Escenas de la vida Bohemia* lo que para su libreto necesitaba, tuvo el supremo tino de no utilizar más que las grandes carcajadas y los grandes dolores; el fondo esencial y uniforme de la vida bohemia apenas está esbozado en frases vagas y metafóricas. De ello que esa *Bohemia*, revelada en la escena, tenga aureolas inefables y atrayentes, que, al impresionar con lágrimas ó con sonrisas, sembrar en la multitud un entusiasmo que muy bien puede ser causa de irreparables extravíos.

No, Monsieur Prud'homme: no dejes que tus hijos se afilien,—siquiera sea aparentemente—en la *vida gaya y terrible*; ni tan sólo les permitas que usen corbata flotante, ni fieltro muelle y ancho de ala, porque entre esa corbata y ese fieltro puede venir más tarde la melena altiva y alborotada y bajo esa melena, en el cerebro, estará tal vez la chispa sacra del Arte, que, si puede llevar á vivir la vida bohemia, es también el puñal más torturante que enclavar sea dado en entraña humana! ¿Tú crees que la vida bohemia es siempre Mimí y Rodolfo, Marcelo y Museta? Tienes razón en cuanto á que siempre es sincera y nunca respeta lo que es puramente convencional; pero . . . ¿y después? ¿cuándo no hay ni grandes lágrimas que desahoguen, ni grandes carcajadas que arrullen?

Hay algunos que fueron lo suficientemente bohemios para beber á grandes sorbos lo que esa copa podría brindarles de dulzuras y de alegrías; un puñado de lúises les impidió probar sus amarguras y sus tristezas; pero las palparon en otros y entonces.

Pero tú, Monsieur Prud'homme, que andas ponderando los atractivos de esa vida, ¿sabes tú lo que es realmente son los bohemios?

* *

Míralos: entre las barbas hirsutas, bajo un bigotillo que tiene toda la ternura de las espigas jóvenes, los labios de jaspe se enarcan en la entusiástica proclamación de una juventud llena de impulsos y de adiverces; los ojos arden en una lumbre interna que acusa á gritos los tesoros ocultos que el cerebro incuba, hay en su silueta singular y clásica, toda una revelación de incontables ilusiones y de palpitantes esperanzas. Es cierto, cuando se les mira con la pipa entre los labios y enfrente de la copa opalina ó del pichel rebosante, mientras que la malicia y el esprit se desbordan por sus ojos en saetas de fuego, no es posible pensar que dentro de esos grandes burlones y dentro de esos grandes inconscientes pueda ocultarse algo más que el goce de vivir, amplio y despreocupado. Ciertamente, si se considera el brillante kaleidescopio que es su vida, nunca sujeta á un cartabón preciso y siempre juguete de la variación imprevista, no se ocurre que alguna vez el bohemio pueda dar cabida en su corazón y en su cerebro á esas ideas—puñales que la vida clava con tanta crueldad en los otros: creese que ellas se ahogan en la vorágine de pipas, de copas y de mujeres que tan injustamente se ha dado como escudo de armas á los bohemios.

Y la equivocación no es tan grande en cuanto á que la juventud, esa divina omnipotente, sabe velar con maternales solitudes los sinsabores de la prosa y tiene mieles para dulcificar todas las amarguras y tiene nimbos para aureolar todos los dolores. Mas cuando el bohemio está solo, entre las cuatro paredes de su estancia, lejos de las risas femeninas y del ingenio de los camaradas y de la espuma de la cerveza; cuando *ve en los tiempos* sin que tenga al alcance de su vista prismas engañosos que le idealicen las realidades; cuando la Vida-Combate llama fatalmente á sus puertas con su mano descarnada y brutal, ¿no surge entonces, en el alma del bohemio, una tristeza desesperante y desoladora, que entenebrece las claridades de su espíritu y que desgaja como una granada la plétora de sus ideales?

Cuando algún escapado de la bohemia ha sido franco consigo mismo y con los demás, ha confesado siempre las crueldades de aquella vida; Mürger mismo, el que más y con mayor eco la ha contado, escribió el reverso de su idealización con tintas tan sombrías y

tan palpitantemente verdaderas, que Alfredo Delvau lo tacha de alto traidor acusándolo de *ivre sur ses troupes*. Tal vez pueda culpársele á Mürger de haber vertido en sus memorias mayor dosis de irónica hiel de la que fuérale precisamente necesaria para lograr su objeto; pero en todo caso la acusación de traidor es dura é injusta, porque antes que la íntima masonería de un grupo de despechados, está y estará siempre la honradez literaria. Y el mismo Delvau, al comentar lo dicho por Mürger, ¿no tiene frases de tanta ó de mayor crueldad que las de éste? ¿no nos presenta á la bohemia en el peor de los papeles cuando dice que es *digne de toute commiseration*?

Pero, no obstante que señalan todas sus sombras, ambos parecen estar de acuerdo en que por cierto punto es indispensable á toda celebridad naciente atravesar las horcas caudinas de esa institución semi-gitanesca. Mürger dice que la bohemia es el *stage* de la celebridad ó del hospital, y por desgracia los hechos prueban que lo es más del hospital que de la celebridad. ¿De qué sirve que se nos citen cien nombres preclaros que pasaron por la hohemia, si en cambio podríamos citar mil que se ahogaron en ella?

La índole misma de esa vida apartada y exclusiva que levanta un cancel muchas veces infranqueable entre los talentos vigorosos y la realidad del esfuerzo creador, ¿no tiene más probabilidades de asfixiar que de robustecer?

Por fortuna, ya pasaron las épocas del apogeo bohemio, ya las nuevas generaciones de artistas se entregan al florecimiento sin pruritos de pasar por locos ni por interesantes, sino con la fé ciega en el trabajo y en el estudio. Esto pasa con los nuevos artistas de Francia, del foco máximo. Imitémoslos.

JUAN SANCHEZ AZCONA.

BALZAC.

A PROPOSITO DE SU CENTENARIO.

La talla del talento y del genio literario y poético tiene por medida la amplitud de los horizontes que la imaginación recorre; la fracción de tiempo y el fragmento del espacio que la mirada del poeta abarca; la cantidad y calidad de los sentimientos y de las ideas que el estro poético resume. Hay poetas y hay literatos que no logran pintar, interpretar y cantar sino un sentimiento ó pasión determinada, el amor, la gloria, el valor, y á veces tan sólo matices determinados de él: la ternura, la vanidad, los celos ó la abnegación. Estos son los poetas pigmeos. Pero los hay en cambio cuya poesía resume toda una época, toda una raza, todo un período histórico, á veces toda la humanidad. Estos poetas, son los colosos del arte.

Homero resume toda la epopeya antigua, más aún, toda la epopeya humana. En sus grandiosos poemas luchan, no un hombre, sino todos los hombres, y no contra un enemigo sino contra la naturaleza, contra los dioses y contra ellos mismos.

La opresión de la raza hebraica, sus dolores, sus éxodos, sus decepciones y sus esperanzas están resumidos y condensados en las impreciones, en los gemidos, en las promesas de redención de sus profetas. Cervantes en el Quijote no estudia ni traduce un tipo, sino que sintetiza en su estupenda creación toda la raza española con su miseria caballeresca, con sus ilusiones que el desengaño no desvanece; con sus nobles aspiraciones fracasadas siempre por torpeza y por ceguera; con la convicción nunca quebrantada de una grandeza que se ha evaporado como el humo en la realidad, pero que subsiste sólida como el granito en la fé de España en sus destinos. Todavía en Cavite y Santiago el espíritu de D. Quijote animaba á España y Sancho no lograba hacer oír la voz de la razón.

El Dante es el cantor de la justicia inmanente y resume en sí solo la aspiración suprema de la época y de la humanidad oprimida y desgraciada. Shackespeare es el analista sutil y el admirable pintor del alma humana íntegra y completa con todo el cortejo de sus dudas y de sus ilusiones, de sus vicios y de sus virtudes, de sus grandezas y de sus miserias.

Balzac puede gloriarse de haber sintetizado y descrito toda una época y todo un mundo, de haber descubierto los resortes íntimos, los móviles ocultos, las tendencias ostensibles y disimuladas que mueven, agitan, elevan ó abaten al hombre moderno y á la sociedad contemporánea.

Veámoslo si no. Desde luego, ¿cuál es el sentimiento predominante, imperioso, dominador de la época presente? ¿cuál es á la vez la hélice y el motor que impulsan y guían la nave de nuestra existencia contemporánea? La lucha armada, la guerra y la conquista, fueron el ideal de la humanidad en los tiempos y épocas primitivas. El hombre entonces anhelaba ser héroe. A la caída del Imperio Romano el espíritu religioso, el fanatismo, la superstición, la vida futura, seducen, atraen y subyugan. Se es naturalmente místico, iluminado, extático, como antes se era atleta ó luchador. En esta época el hombre aspira á ser santo ó á ser mártir.

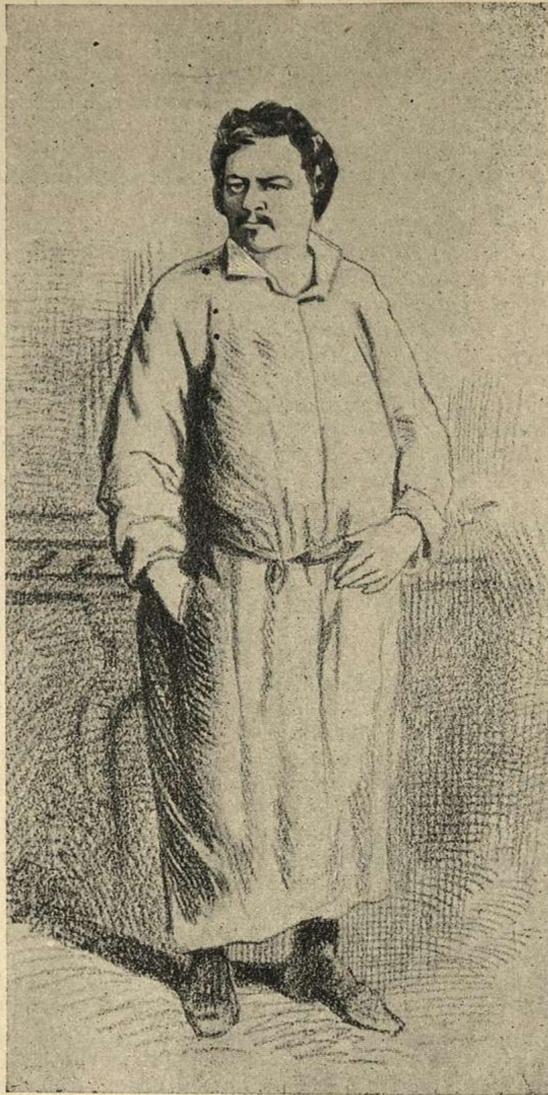
Viene el renacimiento, la humanidad reacciona contra el ascetismo y la penitencia, renacen las agapas y las bacanales, se reimplanta el culto de lo bello. El hombre quiere entonces ser artista. Con la revolución francesa todo el mundo quiere asemejarse á Bruto; con Napoleón el Grande todos envidian las glorias de Alejandro.

¿A qué aspiramos y propendemos en esta época industrial? ¿cuál es la cima de nuestras aspiraciones? ¿cuál la meta de nuestra incansable peregrinación? La riqueza, la acumulación á todo trance y á toda costa de esa poderosa fuerza moderna que todo lo gobierna, que todo lo subyuga, que todo lo domina y todo lo vence.

Una espada, una lira, un breviario, fueron en el pasado potencias incontrastables y orígenes de poder, de gloria, de dominación y de placeres; hoy puede y alcanza más un billete de banco. Los romanos trazaban caminos estratégicos y construían campamentos para extender su dominación y su grandeza. Los señores feudales cavaban fosos y levantaban puentes levadizos para abrigar su independencia; los frailes elevaban magestuosas basílicas y amplísimos claustros para dar hospitalidad á su poderío; hoy proyectamos fábricas, talleres y oficinas y encerramos bajo cuatro llaves nuestra fuerza y nuestra grandeza dentro de las férreas paredes de una caja fuerte.

Por eso en Balzac hormiguan los financieros, los industriales, los birladores de herencias, los escamoteadores de fortunas, los avaros, los *pimeers* de las empresas aventuradas, los filibusteros de las fortunas improvisadas. Este tripotage de negocios, este perpetuo vaivén de las fortunas, esos planes y maquinaciones financieras forman, en general, la trama de sus creaciones y el argumento predilecto de sus novelas, como forman la trama efectiva y real de la vida moderna. Para Balzac, como para la inmensa mayoría de los hombres modernos, el interés, y el interés pecuniario, es el móvil de la conducta, el origen de la virtud como del vicio; él dicta crímenes como sugiere heroísmos y sus marionetas viven y palpitan de sorprendente realidad y de congruencia asombrosa porque sabe moverlas con los mismos hilos de oro que dan movimiento y vida á los hombres actuales.

Disparados como un proyectil sus personajes bajo la alta presión del interés dominante, llegan á todo: al bien, más á menudo al mal, al crimen, al heroísmo, á la locura y hasta á parecer inverosímiles en fuerza de ser verdaderos y consecuentes consigo mismos.



H. DE BALZAC.
(Retrato por Gavarní.)

Descubrir este móvil secreto de nuestra actividad, no hubiera bastado á Balzac para crear tantas obras maestras, si para pintar la vida moderna no hubiera seguido métodos y empleado procedimientos modernos. Al lado del amor á la riqueza descuellan en nuestra época el culto á la ciencia. Hoy todo se hace científicamente, con arreglo á los cánones de la observación y de la experiencia, y Balzac derrochó ciencia y experiencia para la composición de sus obras.

Nadie ó pocos, han observado con la conciencia que él, analizado con tanta meticulosidad, descrito con tanto esmero, deducido con tanta lógica. De sus obras puede decirse que son á la vez producciones estéticas y tratados científicos y especialmente en psicología.

Por último el estilo cuadra admirablemente á la época, al asunto y al método empleado para tratarlo. Por un fenómeno de reacción contra el estilo mesurado, acompasado y acicalado de los clásicos, Balzac escribe con exuberancia, con fuego, con ardor, con desaliño, con extravagancia á veces. Es generalmente brutal y pedante, fanfarrón y suficiente, abstruso é imaginativo, brillante y pesado.

Con el potente martillo de su estilo y el fuego candente de la inspiración ha forjado figuras inmortales, tipos indelebles, caracteres broncíneos, estatuas indestructibles y la colección de sus personajes formaría espléndido friso al Partenon de La Atenas moderna.

A propósito de Balzac dice Taine: «He aquí algunas opiniones que he recogido respecto á él:

«Es el Museo Dupuytren in folio.»

«Es un hermoso hongo de hospital.»

«Es Moliere médico.»

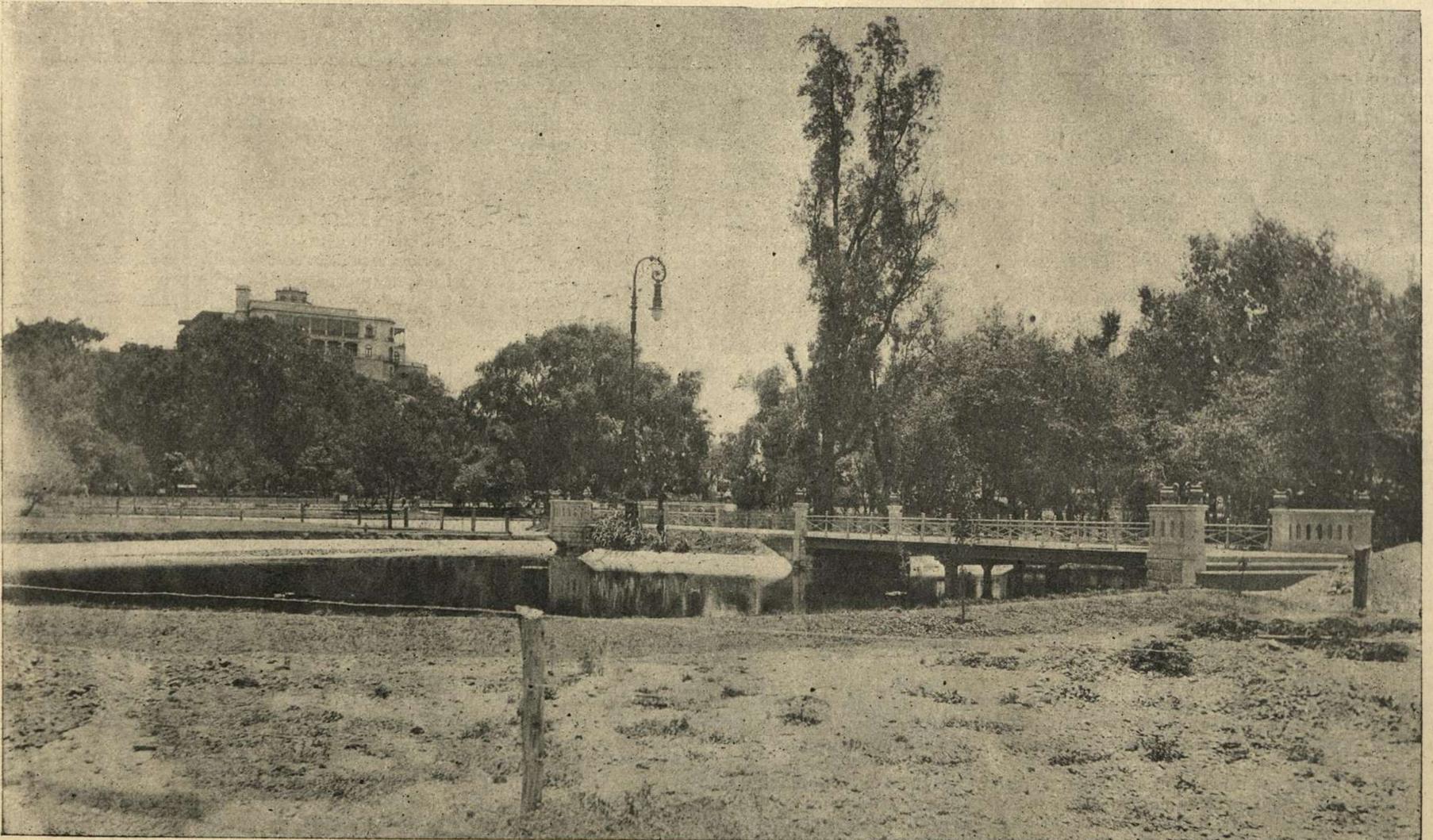
«Es Saint Simon plebeyo.»

«Yo diré simplemente: Con Shakespear y Saint Simon, Balzac es la más completa colección de documentos que poseemos sobre la naturaleza humana.»

Cuando de un hombre se dice eso, ya se puede festejar su centenario y mandarle fundir su estatua.

José M. Flores

MEJORAS EN EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.



PUENTE DE DOS TRAYOS CONSTRUIDO SOBRE EL LAGO QUE HAY EN LA PARTE DESTINADA Á JARDIN ZOOLOGICO, ACTUALMENTE EN FORMACION.

OFICIALES MEXICANOS EN LA FABRICA DE SAINT CHAMOND, FRANCIA

La Fábrica de Aceros

Y CAÑONES

De Saint Chamond.

La fábrica de aceros de Saint Chamond es una de las más importantes de la República Francesa. Sus máquinas son de las mejores y más perfectas de cuantas emplea la industria en nuestros días y el personal de empleados y operarios que trabaja en los talleres, no baja de cuatro mil hombres.

El movimiento de la Fábrica es muy activo. Actualmente, aparte de otras obras de grande importancia, tiene en construcción lo siguiente: el material de Artillería sistema Mondragón, cuyos cañones de montaña, de tiro rápido, de 70 mm. de calibre, y los morteros de 80 mm. han dado muy buenos resultados en las pruebas que con ellos se han hecho, grandes proyectiles acorazados para las marinas inglesa y alemana; tres torres acorazadas para el Gobierno Francés y diversas piezas para la nueva artillería francesa.

Otro de los trabajos encomendados á la misma fábrica, es la construcción de cañones de costa para el Gobierno de Noruega, de los que damos hoy una vista en el grabado de esta página.

En él se ve el gran cañón, momentos antes de hacer las primeras pruebas, á las que fueron invitados los oficiales mexicanos comisionados por nuestro Gobierno en la Fábrica de Saint Chamond.

La fotografía fué tomada en el polígono de tiro de la misma fábrica que está situado á cuatro kilómetros del establecimiento.

A la entrada de la fábrica, y en un departamento especial, hay un magnífico museo de artillería, en el que lle-

man principalmente la atención preciosas colecciones de los últimos modelos de montajes, cierres de entrada, etc., entre los que hay algunos inventados ó modificados por los ingenieros ó jefes del departamento de artillería de la misma fábrica, M. Dalzon y M. Darmanier.

El clima del departamento en que está situada la fábrica, así como la densidad del aire, altitud, etc., ha sido objeto de prolijos estudios por parte de los oficiales mexicanos, para hacer las tablas de tiro de los cañones Mondragón, tomando en cuenta las condiciones atmosféricas y climáticas de México.

El Gobierno Mexicano ha utilizado varias veces los trabajos de la fábrica de Saint Chamond, pues en ella fueron construídas todas las baterías de cañones de sistema Barge con que cuenta nuestro ejército, y las cuales fueron recibidas por el Sr. Gral. Jesús J. Jiménez, actual Jefe del Departamento de Artillería en el Ministerio de la Guerra. Los fusiles Mondragón también fueron construídos en esa fábrica, y ahora está modelado de la carabina de tiro rápido, inventada por el mismo Sr. Mondragón.

Para concluir, diremos, que, la repetida fábrica, tiene en México un representante, el Capitán de Marina, M. François Pellissier. Los comisionados mexicanos, según cartas que hemos tenido á la vista, están altamente agradecidos de las consideraciones con que los distingue M. Montgolfier, Director del establecimiento y descendiente de uno de los hermanos Montgolfier inventores de los globos aereostáticos á los que dieron su nombre.



M. A. DE MONTGOLFIER, Director General de la Compañía.

CAPITAN MENDEZ, de la Artillería Mexicana.

M. MONTAGNON, Ingeniero.

M. DIDELOT, Tte. Coronel de la Marina Francesa.

SR. ALVAREZ, Subteniente de Artillería del Ejército Mexicano.

M. HERTZBERG, Coronel de artillería (Noruega.) Ingeniero.

SR. MELO, Mayor de Artillería del Ejército Mexicano.

M. CHEVRIER, Capitán de la Artillería Real (Noruega.)

SR. MONDRAGON, Teniente Coronel de Artillería del Ejército Mexicano.

M. POVEZ, Capitán de Artillería de la Marina Francesa.

SR. ANTONIO TAMARIZ ESPINOLA, Teniente de la Fábrica Nacional de Armas de México.

Vista tomada después de las pruebas hechas el 15 de Diciembre de 1898.

MEXICO MODERNO.



CASA DE LA SUCESION DEL SEÑOR DON PEDRO MENDEZ, EN LA CALLE DE DONATO GUERRA.

MARGARITA QUIJANO.

El martes 16 del corriente sustentó en la Escuela Normal para Profesoras, el examen indispensable para obtener el título, la bella é inteligente Señorita cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato engalana nuestras columnas.



No en vano el gran salón de la Escuela estaba lleno de distinguida y selecta concurrencia, que presenciaba cautivada cuánto sabe, cuán bien se expresa y cuán elegante es en su elocuencia y en sus maneras, la joven profesora Margarita Quijano.

En todos sus estudios mereció las primeras calificaciones, y después de haber cursado el año de 1898 los dos últimos años de asignatura profesional, sustentó el 16 del corriente, como ya lo dijimos, el último examen, disertando con aplomo y erudición.

Publicamos el retrato de la joven Profesora para estímulo de las que como ella siguen una carrera tan llena de escollos.

LA SOCIEDAD SUIZA DE TIRO.

No hace muchos años todavía, el tiro al blanco tenía en México algunos partidarios y con la afición se sostenían varios establecimientos, que si actualmente no están clausurados, en cambio no pueden presentar sino muy escasos cartones.

Los tiradores son enteramente privados, y apenas si se mencionan tales cuales personas que muy en la intimidad se ejercitan, y se habla de militares que por razón de su carrera cultivan tan importante práctica.

Por eso el último concurso de la Sociedad Suiza de Tiro, ha tenido una alta significación, por ser el único centro, que nosotros sepamos, donde se reúne lo mejor de los aficionados.

Esta simpática agrupación lleva varios años de establecida, y cuenta con 88 socios en su mayoría suizos, y en menor proporción franceses, alemanes y mexicanos, pues la nacionalidad no es obstáculo para formar parte de ella.

Posee en la Villa de Guadalupe una simpática finca, suerte de tívoli privado, con jardines, kioscos, boliches, cantina y un stand amplio, capaz de contener ocho tiradores en acción simultáneamente.

Una, dos ó tres veces por año, celebra concursos minuciosamente reglamentados y al final de ellos organiza animadas fiestas con motivo de la repartición de premios.

El último concurso fué muy reñido y animado, se usaron rifles de calibre 22, y los blancos estuvieron á 98 metros de distancia.

Publicamos los retratos de los Sres. Francisco Azurmendi, Eduardo Flückiger y Ernesto Christlieb quienes obtuvieron los principales premios.

La Sociedad, según se dice, prepara varios tiros de pichón, espectáculo aristocrático y muy en boga en los centros europeos, y como entre sus miembros cuenta con buenos cazadores, algunas excursiones cinegéticas.

Como las condiciones de admisión son liberales, los aficionados mexicanos tendrían en el stand de Guadalupe, un lugar agradable para ejercitarse.

*A D.º Ignacio Ramirez
recuerdo de
una polémica en que
la elocuencia y el talento
estubieron siempre de
su parte, el vencedor.
Emilio Castelar*

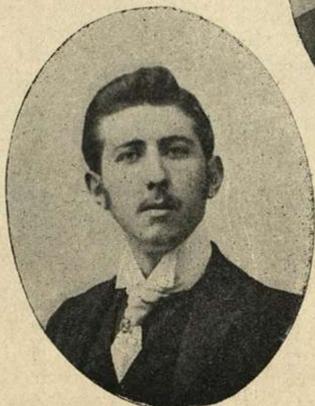
*Paris 28 de
Ago de 868-*

DE EMILIO CASTELAR A IGNACIO RAMIREZ.

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

Hemos publicado ya una completa colección de vistas de nuestro hermoso bosque de Chapultepec; pero con motivo de las mejoras que se están llevando á cabo en este paseo, nos proponemos ir dando á conocer á nuestros lectores aquellas de verdadera importancia, como la que hoy aparece y que es el puente de dos tramos construido sobre el lago que existe en la parte destinada á Jardín Zoológico, actualmente en formación.

Los trabajos se ejecutan con verdadera actividad en Chapultepec, impulsados por el inteligente jefe del movimiento, Sr. D. Ignacio Santibáñez, quien tiene bajo su dirección más de quinientos operarios.



FRANCISCO AZURMENDI.

EDUARDO FLUCKIGER.

ERNESTO CHRISTLIEB.



**LA
EXPEDICION GERLACHE**

A LOS MARES DEL SUR.

La región antártica del globo es la menos conocida, pues apenas si se ha llegado á los 78° 10', latitud alcanzada el año de 1841 por Ross, en la que se llama Tierra Victoria, al sur de la Nueva Zelandia. El lugar descubierto por Ross corresponde al Spitsberg central en el hemisferio boreal, y dista 1,300 kilómetros del Polo Sur.

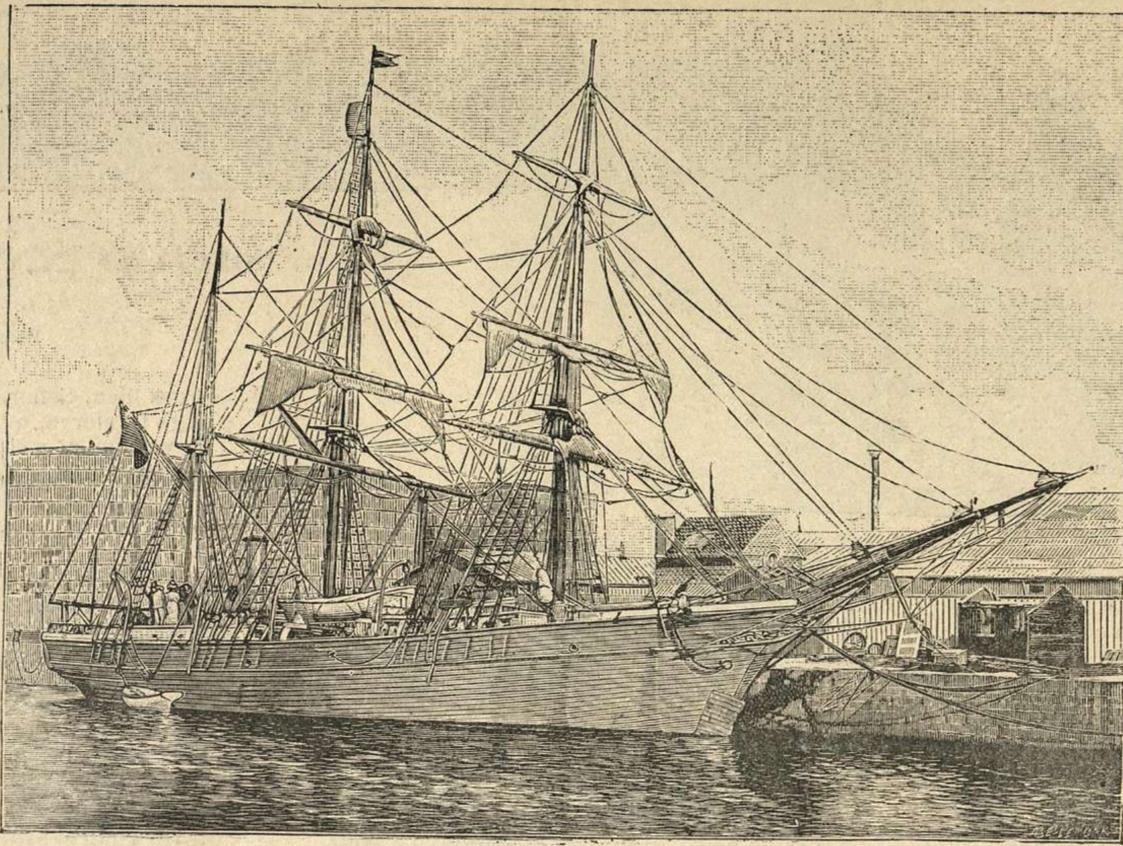
Desde hace algunos años el mundo científico se preocupa por la «cuestión antártica.» como dicen los geógrafos, y agotado el tema en las discusiones académicas, todas las potencias marítimas se aperciben á la campaña de exploración en el mar austral. En Inglaterra las sociedades científicas abrieron una subscripción nacional para organizar la expedición exploradora; en Alemania y en los Estados Unidos se trabaja para enviar expediciones y Nansen también quiere lanzarse á las ignotas regiones antárticas.

Bélgica tomó la delantera y mientras las otras naciones están haciendo sus preparativos, el telégrafo anunció al mundo entero el éxito de la expedición antártica belga. Fué organizada y dirigida por el Teniente M. de Gerlache y salió de Amberes el 17 de Agosto de 1897 dirigiéndose hacia el Cabo de Hornos á fin de explorar las tierras situadas al Sur del Continente americano. Según el programa debía consagrar el estío austral de 97 á 98 al estudio de esa región y volver inmediatamente por Australia.

Grande fué la ansiedad originada por la falta de noticias durante el año de 1898 y como en esos mares las tempestades y los *icebergs* son terribles se temía un desenlace trágico, mas el telegrama de M. Gerlache vino afortunadamente á calmar las inquietudes.

Antes de hablar de los resultados de la expedición, digamos algunas palabras del buque y del personal que formaron la expedición. El «Bélgica» es un barco de tres palos comprado en Noruega y que antes se destinaba á la caza de focas y cetáceos. Su Estado Mayor se compone de cuatro oficiales de navío y cuatro sabios, á saber: M. Adrián de Gerlache, Teniente de la marina belga, Comandante, Jorge Lacoite, segundo, Amundsen (noruego) y Melaerts, tenientes. El personal científico se formó así: teniente Danco, encargado de las observaciones magnéticas y meteorológicas; M. Arctowski, geólogo; M. Racovitza, naturalista, y el Dr. Cooks.

El 1° de Diciembre el «Bélgica» llegó á Punta Arenas, el puerto más austral de nuestro continente. En ese hemisferio Diciembre corresponde á Junio en el nuestro y como ya era tarde para aprovechar bien el es-



«EL BELGICA,» BUQUE DE LA EXPEDICION QUE ACABA DE REGRESAR DE LOS MARES ANTARTICOS.



M. DE GERLACHE, Promotor y jefe de la expedición.



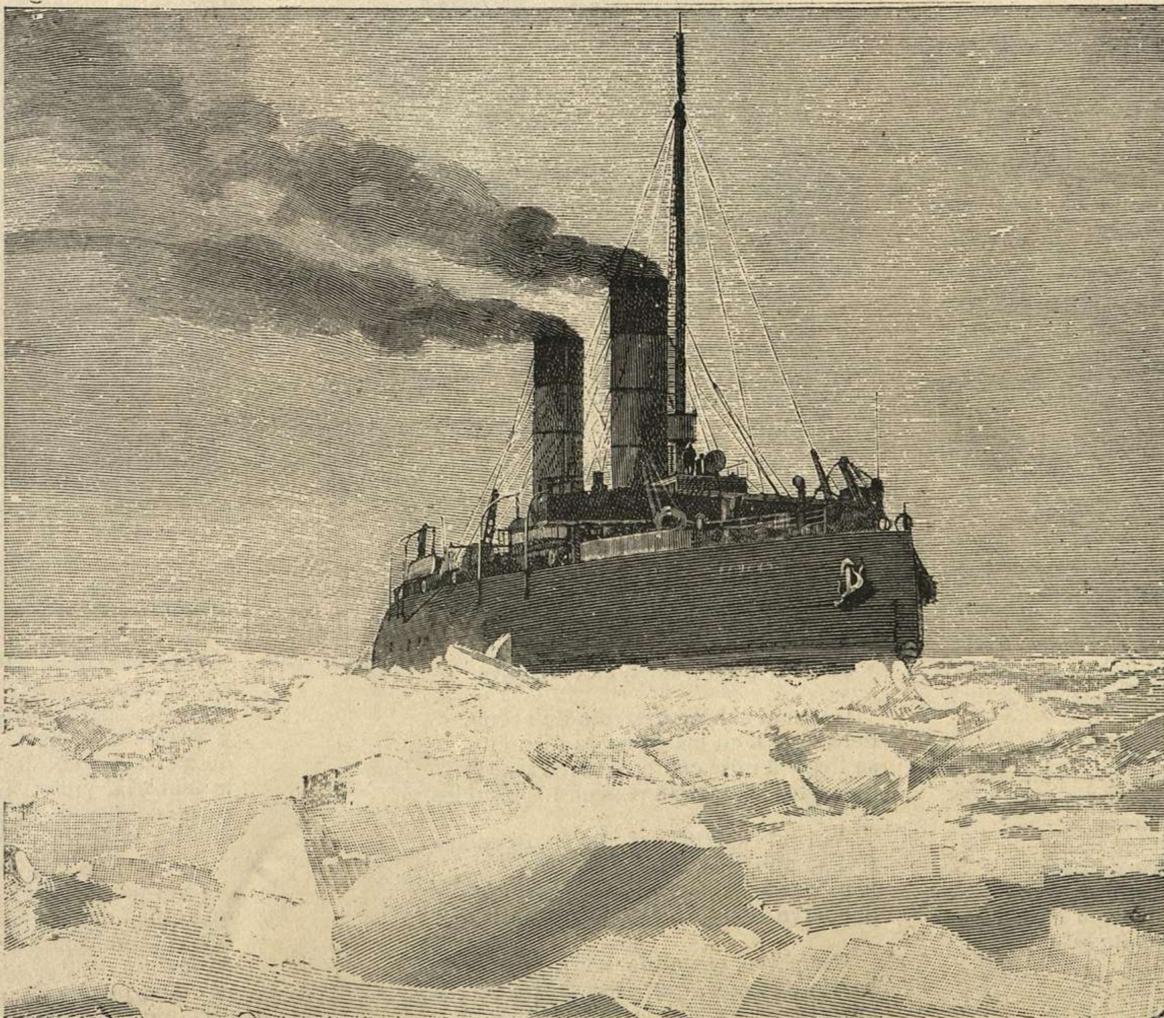
M. RACOVITZA, Naturalista.



M. ARCTOWSKI, Geólogo.



TENIENTE DANCO, Encargado del Observatorio. [† en la expedición.]



EL ROMPE-HIELO RUSO «YERMAK» CAMINANDO POR EL MAR CONGELADO.

tío el comandante Gerlache se encaminó á las tierras inmediatas al Cabo de Hornos llegando á la tierra de Palmer. En veinte lugares desembarcó haciéndose investigaciones de capital importancia para la geografía y la biología. Prosiguiendo su marcha hacia el Oeste llegó á la tierra Alejandra, alcanzando la latitud de 71° 36', cuando el buque fué bloqueado por los hielos viéndose los expedicionarios en la necesidad de invernar allí. Las tempestades fueron frecuentes y terribles, pero en cambio el termómetro no descendió más de 42° bajo cero.

Por fin el 14 de Marzo de este año se vió libre el «Bélgica» después de permanecer un año aprisionado entre los hielos.

La expedición del «Bélgica» no se proponía llegar al Polo Sur sino hacer estudios científicos en aquella zona, y en tal virtud hallado su objeto. Desgraciadamente sucumbió el teniente Danco, sabio entusiasta que sacrificó su noble vida á la ciencia.

Nuestro grabado representa el «Bélgica» anclado en la bahía de Amberes pocos días antes de lanzarse á la peligrosa travesía de la que trae nuevos y valiosos elementos á la ciencia.

**El Buque rompe-hielos
YERMAK**

No es el clásico y gigantesco rompe-hielos con sierras y espolones.

El *Yermak* es todo lo contrario y con mayor propiedad podría llamarse aplastahielos.

Los rasgos distintivos de este buque son: casco ovoide con una curvatura tal que al aprisionarlo el hielo lo levanta, rompiéndose con el peso que luego cae sobre el manto helado, porque naturalmente éste resiste menos una presión superior que una horizontal.

La proa es un pico que avanza levantándose sobre el hielo para hacer caer después sobre él toda la masa del buque.

Lo mueven tres poderosas hélices situadas en la parte posterior, y adelante bajo la línea de flotación otra hélice colosal movida por un árbol que sale bajo la quilla inclinada, rompe y desparrama á ambos lados y bajo la capa sólida de hielo los bloques que arranca la proa con su enorme peso.

Tiene el *Yermak* un cinturón protector en la línea de flotación y se divide interiormente en 48 compartimientos separados, buena precaución para el caso remoto de un siniestro.

Las máquinas tienen una potencia de 10,000 caballos y según decía hace poco el capitán del *Yermak* en Cronstad «caminó como sobre mantequilla, á razón de ocho nudos por hora en un trayecto de 150 kilómetros, rompiendo una capa de hielo de ocho pies de espesor.»



El Beato Calasanz

(SIGLO XVI)

Al gran poeta nacional Guillermo Prieto
Homenaje de filial admiración.

Pues bien, Señor, en este Santuario
oiga tu siervo, que al morir te nombra,
la voz que al resonar en el Calvario
al orbe entero sumergió en la sombra.

II

Estalló al fin en grito penetrante
de sobrehumano afán su boca yerta,
que vibraciones de clarín triunfante
difundió por la bóveda desierta.

Señor, yo soy tu siervo reverente
clamó y mi vida entera y mis pesares
son átomos de incienso, lentamente
quemados por mi amor en tus altares.

Ave de mar, del mar de lo infinito,
horrída tempestad me estrelló un día
contra las gradas de tu altar bendito;
allí, rotas las alas, me moría.

Y me salvó tu amparo, y ya mi vuelo
transponiendo la atmósfera terrena
pudo acercarse al foco que en el cielo
mantiene, eterno sol, tu faz serena.

Y héme ante tí, Señor, héme de hinojos
con la frente en el polvo. Ya cubiertos
por un velo de muerte están mis ojos;
ya sólo para tí se hallan abiertos.



La vez primer que alcé ante la aterrada
muchedumbre, tu hostia blanca y pura,
en mística efusión arrebatada
mi alma de un vuelo se perdió en la altura;

Llegó al trono en que luz la estrella toma,
y al retornar del viaje peregrino
me trajo, cual la bíblica paloma,
una oliva de paz: tu amor divino.

Y por eso en tu amor mi vida flota,
átomo de la sangre indeficiente
que cae de tu pecho gota á gota
y baña al Universo en su corriente.

Como al sol la partícula de arena,
del Cosmos en los piélagos fecundos,
se llega á unir con la vital cadena
que á los átomos junta con los mundos,

Ah! mi espíritu así, del barro suelto
á tí se une, en tí su sér resume;
vaso de arcilla soy que al polvo vuelto
devuelve al cielo su inmortal perfume.

Ese polvo, esa alma, son mi ofrenda,
hostia de amor, que de la tierra inerte
levanta y alza, ante tu faz tremenda,
entre sus manos pálidas la Muerte!

III

Nada... nadie... ¡Ay de mí! siento en la boca
el amargo sabor de la agonía;
ya de mis sienes el latir sofoca
mano letal que para siempre enfría.
¿No me escuchas, Señor? Acaso loca
fué mi esperanza y mi ambición impía?
¿Podré morir sin escuchar tu acento?
No Señor; creo en tí; llegó el momento.

No pudo el santo que con pulso fuerte
trazó, por orden tuya, en un instante
su fin, con sangre, en el papiro inerte,
mentir de tu justicia ya delante
al traspasar las puertas de la muerte.
No; la historia del fraile agonizante
la verdad guarda, como á tí, Dios mío,
te guarda el tabernáculo sombrío.

Allí me escuchas con piedad; ya baja
á mí tu gran misericordia, y suena
en mi oído tu voz... Soy leve paja
que barre el viento ante tu faz serena;
cadáver soy, envuelto en su mortaja
de polvo; mas mi alma de tí llena
está, cual de tu luz están los astros,
y la conciencia humana de tus rastros!

Puedo al oír tu voz, de donde arraiga
la vida, en este pecho enflaquecido,
la postrer gota que la sangre traiga
al corazón, sacar, en el latido
postrero, y en la piedra en que yo caiga
espirante escribir: yo he oído
su voz... y el mundo atónito creería,
y este siglo sin Dios, de Dios sería!

Este siglo dudó, nunca mi alma;
este siglo blasfema de tu nombre;
en mis horas de lucha, en las de calma,
yo lo bendije siempre; soy un hombre
que ambicioné jamás terrestre palma...
Y aunque al arcángel de la duda asombre
sólo una gloria codicié y ansío,
unirme, unirme á tí, Señor Dios mío!

¿Me escuchas? Por qué entonces á mi ruego
no respondes? Cansado peregrino
en tí busco la calma y el sosiego;
destrozaron las zarzas del camino
mis piés; estoy sediento, á beber luego
dáme, pues ya se cumple mi destino,
de la que al pecador jamás esquivas
inagotable fuente de aguas vivas.

¿Pues no, cuando caliente se encontraba
aún con tu beso creador la tierra,
tu voz en los oídos resonaba
del hombre primogénito, en la guerra
con Satanás? ¿Y no á Moisés llamaba
en Horeb, ó surgía de la sierra
del Sinaí con truenos iracundos
apagando al pasar almas y mundos?

Pues así suene para mí, se hunda
en mí aunque ciegue el gérmen de la vida
y calcine mis huesos iracunda,
y queme mis entrañas, y despida
de mí, como una llama moribunda,
la materia, y con ella el alma unida
torne del Cosmos á la mar revuelta
en disgregados átomos disuelta!

¡Ay! porque tanto la esperé, Dios mío,
que quizá en este instante, en el supremo
instante de espirar, vapor impío
tu luz me oculte, ¡ah! no, Señor, no temo
la duda, no, jamás... Acaso el frío
de la muerte, me turba por extremo...
¿Es una prueba?... Acepto; me es garante
mi vida entera de salir triunfante.

Qué triste fué esa noche! Qué invierno aquel tan crudo!
La escarcha entre la yerba del patio cintilaba
y un ángulo del claustro, muy frío, muy desnudo,
subiendo lenta y blanca la luna iluminaba.

En el rincón opuesto la celda más obscura
estaba entreabierta; un hombre en ella había
tendido en las baldosas: su rígida figura
crispaba en sus postreros espasmos la agonía.

El descarnado cuerpo en un sayal metido,
el rostro en la penumbra del capuchón, cerrados
los ojos, y saliendo del borde del vestido
los piés, como la piedra del pavimento, helados,

Cadáver parecía; dos frailes en voz baja
rezaban; crepitaba en su cristal exiguo
la lámpara, y del muro pendían, la mortaja
y, embadurnado en sangre, un crucifijo antiguo.

Eran las dos: el físico se acerca, en sus escuálidos
dedos, llevaba un frasco de elixir: vive, dijo;
vertió el licor, del monje entre los labios pálidos,
y se postró, esperando, al pié del crucifijo.

No esperó mucho; un súbito temblor al fraile agita;
de un golpe se incorpora, fijos los ojos muertos,
y balbuciendo: *Cumplase tu voluntad bendita,*
tiende á la Cruz convulsos los brazos entreabiertos.

¡Oh Calasanz! el físico al contemplarle exclama:
un día me dijiste: «si en el primer vahido
de la temida muerte, en mí la vital llama
atizas, dicha eterna te deberé»... He cumplido.

Vive, levántate, anda; que Dios no me reproche
el detener su mano apenas una hora,
porque en su instante último te arrastrará á su noche
la muerte, la implacable, la fría segadora.

Con voz inacentuada repuso el moribundo:
—En un vetusto IN FOLIO que existe en el Convento
un fraile escribió: «El hombre que al escapar del mundo
á prolongar llegare el primordial momento

«en que la muerte empieza, escuchará en su oído.
«sonar la voz del Verbo, la voz del Increado;
«sí, siempre que á la carne jamás haya cedido
«y nunca, nunca, nunca de Dios haya dudado.»

Pues bien, soy ese hombre; yo nunca del Eterno
dudé, ni del Espíritu, ni blasfemé su nombre;
y la impureza, fango que brota del Infierno,
jamás manchó mi humilde sayal, soy ese hombre.

¿Sólo una hora? Bástame; iré al Santuario,
y puesta la cabeza exánime en la alfombra,
esperaré, rezando, la voz que en el Calvario
hizo temblar la tierra y al sol cubrió de sombra.

En tanto murmuraba el físico:—«Misterio
no existe igual al hombre, que es gloria y que es miseria;
éste, al llegar su alma de Dios al puro imperio,
se pára á dar la prueba de Dios á su materia.

El monje no le oía; con paso lento y grave
salió cual un espectro del ángulo sombrío;
llegó á un portón tallado y se metió en la nave
del templo, tumba inmensa por lo callado y frío.

Filtrándose la luna por la ventana ojiva,
de un nimbo circuía el gran capuz del santo
que, puesta al pié del ara la frente apenas viva,
dejó subir del alma las olas de su llanto.

Recuérdalo, Señor; sobre las gradas
nací, de un trono, aun niño me mostraron
las multitudes ante mí humilladas
y *¡eso es tuyo!* en mi oído murmuraron:
De mi dorada corte, perfumadas
nubes de adulación á mí se alzaron,
y á mis pies doblegaban la cabeza
pontífices, burgueses y nobleza.

¿Y me creí divino por ventura?
¡Oh! no; desde el albor de mi conciencia
á tí me consagré; la investidura
regia á tus pies depuse; con violencia
rugió el pueblo indignado; de amargura
colmaron mis hermanos mi existencia,
y tu vicario me mandó en tu nombre
recoger la diadema y ser un hombre.

Resistí; y en mi fuga, un eremita
me amparó, y supe que mi hogar y trono
aventaban los bandos, que proscrita
mi madre huía, que, en su ciego encono,
la enfurecida plebe tu bendita
religión maldecía, y en su abono
denunciaba mi empeño desdichado
como germen mortal para el Estado.

Oré, vencí, y un día en que ya mudo
el furor popular, mi madre muerta,
mi familia dispersa en el zañudo
huracán, llegar pude hasta la puerta
de este asilo de paz, eterno escudo
á mi flaqueza, y encontréla abierta,
dejé el pasado en el umbral austero
y me abracé, Dios mío, á tu madero!

Era joven aún, aún ignorado
mi nombre aquí, más era mi fe tanta,
que la Iglesia su óleo consagrado
puso en mi frente, y me fió la santa
misión de combatir con el pecado,
y calmando el dolor, guiar la planta
de la ovejuela, errante entre los riscos
del mundo, hacia tus célicos apriscos.

Era mi hija espiritual la bella
mujer, prócer y santa fundadora
del cercano convento, pura estrella
del coro de las vírgenes... ahora
devota besa su sagrada huella
la multitud, y en sus altares ora,
mientras dice la Iglesia en tierno canto
su virtud limpia y su renombre santo.

..... En una tarde rubia y transparente
de Abril, del sol los últimos fulgores
vibraban en la atmósfera caliente,
y ventalle de oro y de colores
abierto en el zafir, era el Poniente.
Dentro del huerto en flor, los ruiseñores
á compés de la fuente que reza,
preludiaban su grácil elegía:

Estábamos los dos solos; postrada
confesábame ella sus amantes
deliquios con Jesús: pasó callada
una hora.... Y al fin las embriagantes
notas del ruiseñor en la enramada
fundieron nuestras almas delirantes
en insólito raptó, á un tiempo mismo
frucción de cielo y sensación de abismo.

De la nocturna brisa el beso puro
me volvió en mí... yo estaba estremecido,
llorosa ella, el santuario obscuro.....
¡Ay de mí! aquella noche era un latido
de pasión..... Ella con acento impuro
el rojo labio al mío ya tendido,
contestó balbuciente á mi reclamo
un trémulo y opaco: «yo te amo!»

«Huyamos este templo y este velo
de virgen, que me ahoga, y está fría
cruz que guarda un cadáver, que hace un duelo
de la vida, que torna en agonía
la sed de amar y que convierte el cielo
en un sepulcro. Ven si tu alma es mía;
¡ah! ven, huyamos á lejanos puntos
para vivir de amor y morir juntos!»

Serpeaba en mi sangre intenso frío,
luego un ardor de hoguera; ella mis manos
bañaba con sus lágrimas, al mío,
su corazón con golpes sobrehumanos
respondía..... Y aún miro el cuadro impío,
aún en estos momentos tan lejanos
siento el fuego de su hálito, aún la veo
agonizar de amor y de deseo!

¿Que pasó en mí? No sé; mas si no fuera
la infinita esperanza de la gloria,
si lo pasado revivir pudiera,
volver á aquel instante de mi historia
por morir de deleite yo quisiera.....
La llama fué voraz! ay! mi ilusoria
virtud halló por fin su eterno ocaso.....
¡La luz del templo se apagó en su vaso!



Y temblando me alcé; sentí tu aliento
mi rostro helar y como alción errante
que halla su nido entre el furor del viento,
volví á tí, Señor Dios; mi devorante
sed de aquella mujer pasó al momento....
Como en selva incendiada árbol gigante,
mi alma así, en el incendio de mi vida,
irguióse al cielo, mas de muerte herida.—

Volvió ella á la paz de la conciencia,
y ya jamás la ví. ¡Pudo esa hora
inexplicable hacer nuestra existencia!
Murió la Santa que la Iglesia llora;
medio siglo de austera penitencia
ha pasado después el que te implora
por borrar en su ánimo cobarde
el recuerdo, Señor, de aquella madre.

Cincuenta años mi carne entre sus puntas
se llevaron las férreas disciplinas;
cincuenta años, Señor, vivieron juntas
mi sangre y del cilicio las espinas.
Si á estas piedras frías las preguntas,
te contarán mis noches peregrinas;
guardan vivos, las naves solitarias,
ecos de mis sollozos y plegarias.

Y tú, á quien no puedo desde el día
en que mi carne habló, con mis impuros
labios nombrar ¡oh! vuelve, Virgen pía,
tu vista á mis anhelos, tan oscuros
como fué angustiada tu agonía;
haz que resuene en estos sacros muros
de tu hijo la voz; sólo tu acento
redimir puede mi postrer aliento.

Ya lo voy á exhalar y ya rebota
una idea, una sola entre la estrecha
pared del cráneo y ya mi fuerza agota....
¿Y mi fe? ¿Qué es la fe? ¿Por qué deshecha?
se hunde mi razón gota tras gota
en la implacable clépsidra en que acecha
la muerte? ¿Quién me tiende esta emboscada?
¿Vos. Señor? Tú, Satán? Será la Nada?....

IV

¿Fué acaso anuncio de la voz del cielo?
Ello es que al finar su frase inquieta
cayó en éxtasi el fraile: ¡era su anhelo!

Como después que lanza la saeta
vibrando queda el arco, así temblaba,
partida el alma, el cuerpo del asceta;

cuando al fin quedó inmóvil, semejaba
tendido inerte en la negruzca alfombra
que del altar las gradas ocultaba,

un girón de sudario envuelto en sombra.
Y esa alma al salir de aquel sudario
¿qué busca? ¿y á quién llama? y á quién nombra?

Llama al Dante, al siniestro visionario
cuya *comedia* Calasanz leía
sin cesar, en su asilo solitario;

no sólo la admiraba, la creía.
Por eso buscó al Dante; era preciso
á su designio el prodigioso guía:

porque iba á escalar el Paraíso,
hasta que en su ascensión oír lograra
sonar la voz divina de improvisado....

Parte, remonta hasta la fuente clara
de un rayo de la luna; era el primero
de los cielos del Dante, allí se pára.

Llama á su guía.... Un ¡ay! de prisionero
á quien la noche encadenado esconde,
como eco aspirante y plañidero,

á la voz del estático responde:
«¿eres tú el profeta florentino?»
pregunta el fraile «¿dónde estás? en dónde,

«de los cielos sublime peregrino?»
Y junto á él, surgir ve derrepente,
roja sombra talar, en torbellino

silencioso, arrastrada lentamente.
Siente en su rostro un soplo que murmura:
¡ay! sólo existe la ciudad doliente,

y va y se borra en la extensión oscura.
Queda solo y entonces mirar piensa
ante él negra nube; no fulgura

sangrando el rayo entre su noche densa
ni el Aquilón desgarrar, la que hunde
en horizontes vagos, orla inmensa.

Hondo, glacial pavor de nuevo cunde
del que vuela en el ánima angustiada;
llama pronta á extinguirse, se confunde

su fe, quiere en su vértigo á la Nada
huir.... Al cabo la visión comprende;
la nube es el Querub, el que la entrada

del Paraíso cierra.... Entonces tiende
su vista en derredor, noche y espanto....
Y su vuelo fatal de nuevo emprende

y el Querube ante él, huye entretanto.
¿Mas dónde está de Dante el cielo bello?
¿Donde el globo de Venus, que amor santo

enciende con su luz, puro destello
del amor esencial? Y el Sol, del rito
pagano centro é indestructible sello

puesto á la obra eterna en lo infinito?
¿Y Jove, el astro de radiantes huellas,
en el Edén cristiano, Dios proscrito?

En dónde el mar de inmóviles centellas
en que el Dante escuchó la portentosa
melodía triunfal de las estrellas

en derredor de la divina Rosa
en que el Verbo encarnó? Y el cristal terso
del Primer Móvil, sobre el cual reposa

el Señor, desde donde el Gran Perverso
fué lanzado y que al Dante parecía
la sonrisa inmortal del Universo,

¿en dónde estaba ó en qué mar sombría
había naufragado? ¡Hasta Dios mismo,
como ocultando al hombre su agonía,

apagaba su luz en el Abismo!....
Y tornó á detenerse el fraile osado
en medio del creciente paroxismo

de su delirio de Vidente; airado
acento en su interior le dice: «escucha,
«esa sombra que el paso te ha cerrado

«no es un querube que contigo lucha,
«es la sombra que brota de tu alma
«y ante tí se proyecta, tu fe es mucha,

«gigante tu valor, obtén la palma.»
Como al caer la tarde, en la amarilla
franja de Ocaso y por el mar en calma

hacia el levante donde el faro brilla,
como tras de su misma sombra, vuela
del pescador la frágil navecilla,

así, en pos de aquel nublo que le vela
la ruta, el fraile va; pasa el postrero
de los globos.... Allende se revela

sin duda el Verbo; llámalo el viajero:
su voz invoca.... Nada.... Abre los ojos,
busca del Sér el único venero,

y nada vé; sus labios caen flojos
de estupor, no osa hablar y ya no clama
al Señor como antes.... Los despojos

del Orbe flotar mira entre la llama
lívida de una tea mortuoria;
su pecho ya no siente, nada inflama

su cerebro. ¿Habré muerto? ¿Esta la Gloria
será?—pregunta, y en su loca idea,
suspira por su cuerpo; aquella escoria

lo atrae, en su angustia abrir desea
la enorme piedra que cerró su tumba;
con titánico esfuerzo la golpea...

Al fin la rompe y mira... En torno zumba
el torbellino de la vida, el cielo
místico de Alighieri se derrumba...

Como tienda que pliega con anhelo
el caminante al asomar la aurora
así desapareció; y el sacro velo

del Templo, roto está... ¿Qué ve ahora
Calasanz? ¡Si verdad el sueño extraño
de Copérnico fuese!... El santo llora

sintiéndose sujeto á aquel engaño
de Luzbel. No, no es cierto, su convento
él cerró al nuevo espíritu, aunque en daño

de la ciencia del mundo, pero atento
á la de Dios, á la que Aquino y Dante
le enseñaron... Mas en aquel momento

olvidó todo... El cerco de diamante
que encerró al Universo, en mil pedazos
estalló; donde el trono fulgurante

se alzaba del Altísimo, en los brazos
de querubines y arcángeles, hoy brilla
el mar del sér, sin límite, sin lazos...

En él flotan los soles, él orilla
no tiene en el espacio; entre su espuma,
átomo microscópico de arcilla,

gira la Tierra; impenetrable bruma
de mundos cerca el horizonte... Nada
fija en cuál centro el Creador reasuma

su omnipotencia. Con angustia helada
la inmensidad recorre y donde quiera,
al tocar en la orilla vislumbrada,

surge ante él la inmensidad entera.
Entonces lo abrasó sed de la ignota
vida do no hay conciencia; la sed fiera

de salir de sí mismo, de ver rota
su alma y como lluvia disolverse
en aquel mar eterno, gota á gota!

fundirse en el Gran Todo, en él perderse...
Y no fué su conciencia que moría,
fué su instinto, al que, al fin, logró prenderse

el monje al sucumbir, el que á porfía
lo retuvo. El silencio soberano
rompió el monje, y con voz que parecía

provenir de un sepulcro muy lejano:
«Ven, exclamó, ven tú, ven á salvarme
¡oh! santa á quien amé, tu cielo arcano

«abandona y me ampara. Condenarme
«pudiera si no accedes á mi ruego;
«¡que acierte yo en tu seno á reclinarne

«para escuchar á Dios... y muera luego!»
Héme aquí, contestó el ser evocado;
y como del carbón, chispa de fuego,

surgió así de la noche: *héme á tu lado*,
murmuró en el oído del Vidente,
que la miró un momento enajenado.

Mas no era Beatriz de refulgente
inmaculada túnica vestida,
ceñida por un nimbo el alba frente;



ni era un alma sin color, nacida
en un rayo opalino de la luna.
¡Oh! no, una mujer ebria de vida

y de pasión, miró, tal como en una
tarde de Abril, magnética y serena,
cuando amor, *que es el mal*, quiso en su cuna

matar para los cielos su alma buena.
Así la vió y el perfumado nido
de su seno de virgen de amor llena

palpitaba con rítmico latido:
«Sin tí no hay cielo, dijo, por tí clamo.»
Y con el labio al beso ya tendido

respondió el sacerdote: «Yo te amo.»
¡Acento del Señor! ¡por qué iracundo,
al oír el sacrilego reclamo

no resonaste estremeciendo al mundo?
El fraile, como un beso del Infierno
sintió en la boca; su calor profundo

evaporó su sangre en un eterno
minuto de deleite... luego, nada,
sólo el vacío que en su sér interno

se filtraba, sintió, cual agua helada.
Y tornó á prorrumpir en férreo grito,
que recogió la noche amedrentada:

«no me escuchas, Señor?... Pues tú, Proscrito,
«óyeme, escucha mi plegaria impía
«y por primera vez serás bendito.»

«Háblame» y condensando su agonía
en un postrer esfuerzo, el fraile atento
esperó... Mas Satán enmudecía.

Como torrente que rompió violento
el dique huyendo en vértigo insensato,
así el monje siguió con hondo acento:

«Satán, Satán, Satán! tu nombre acato
«pero muéstrate á mí, tu voz quisiera
«escuchar, sé verdad y yo desato

«tus culpas y te arranco de la hoguera
«con mi poder sacerdotal ¿oíste?
Nada: ¿ni el mal existirá siquiera?»

En el ara que opaca luz reviste,
y en los muros de marmol del santuario
rebotó la blasfemia. Fulgor triste

de blandones en torno de un sudario
despedían los astros. Despertaban
los frailes, y cogiendo su breviario
hacia el templo solemnes caminaban.

V

¡Satán, Satan, Satán!... Eco süave
pareció de la voz aterradora,
la campana mayor que lenta y grave
dio las tres. Calasanz oyó la hora;

se puso en pié al instante; con la mano
tendida al tabernáculo desierto,
dijo con un acento limpio y llano:
«Yo creo en tí, Dios mío.» Y cayó muerto.

Justo Sierra

LAS VELADAS DE LOS BROWN.

Si la casa de los Brown hubiese acatado los usos
establecidos en Inglaterra, jamás habrían sonado las
siete de la noche, sin que los niños estuvieran ya pro-
fundamente dormidos, meciéndose en dulces sueños.
Pero es necesario hacerles justicia á los Brown, nunca
sometieron su vida á una regla fija. Aun antes de
cumplir ocho meses, la pequeña comprendió que le
bastaba mascullar un sonido inarticulado con sus dos
únicos dientes, dar saltos y reírse de una manera in-
sinuante, para que la levantasen en alto, acostándola
después en el tapete destinado á todos los placeres
posibles é imposibles que le hayan ocurrido jamás á
un cerebro infantil.

Tenía una muda y profunda adoración por Alfie,
quien pronto cumpliría los tres años. Este pilluelo
todo el día subía y bajaba por la escalera; á la hora
de la comida arrastraba las tazas de te y los platos
hasta la orilla de la mesa, de donde caían al suelo con
un ruido encantador; tiraba la cola al gato, arran-
caba las flores del jardín, y se arrojaba al baño, todo
vestido, aprovechando el momento en que la mamá
se volvía de espaldas. Baby, llena de alegría, las ma-
nos temblorosas, aullaba de contento á cada una de
estas proezas; dijérase que tomaba nota de ellas, á
fin de poder ejecutarlas á su debido tiempo, cuando
sus piernecillas se lo permitieran. Su venida al mun-
do fué el principio de una nueva época para Alfie;
ahora tenía un auditorio entusiasta que incondicio-
nalmente le aplaudía sus travesuras todas, aplausos
que sus dos hermanos más grandes, Stan y Frank,
habíanle rehusado con el más alto desprecio. Aun
quedaba Ettie, pero ésta era ya toda una señorita de
siete años, con la seriedad y el criterio que conviene
á la mayor de la familia.

—¿Quieres que yo acueste á Baby esta noche, ma-
má? preguntó Ettie; anda, ¿quieres? A ella le gusta
tanto... ¿no es cierto, mi palomita? Mira, ya se ríe,
haciendo seña de que sí... Y voy á bañarla cuida-
dosamente, como el otro día que tuviste el dolor de
cabeza...

La señora Brown sonrió al ver la seriedad de la pe-
queña, y respondió:

—Sí, eh?... es que Baby no ha cesado de estor-
nudar desde aquel famoso baño!... Tu papá me dijo
que entró al cuarto media hora después de que ha-
bías metido á la niña en el agua, y que aún estaba
dentro de la tina.

—Ella era la que no quería salirse, dijo Ettie ex-
cusándose; ya sabes como le gusta el agua.

—Yo no te mandé que la bañaras, replicó la ma-
dre; te dije únicamente que la lavases la cara y las
manitas, y que en seguida la llevaras á la cama.

—Eso era lo que yo quería hacer; pero cuando ella
vió el baño listo para los demás, se puso á patlear
hasta que tuve que hacer su voluntad.

—Cierta estoy de que tu papá no lo supo...

—Ah! no; había ido á fumar un cigarro con el se-
ñor Jones; yo tuve miedo de que ella se pusiese á llo-
rar y te despertara; entonces la metí á la cubeta pa-
ra hacerla callar; en ese momento vino Stan, y como
viera que Baby tenía las rodillas llenas de arena, co-
menzó á frotárselas con el jabón. Después Frank le
dió la esponja llena de agua y ella se la puso en la
cabeza. Yo lo hubiera regañado, pero lo cierto es que
jamás hace caso de lo que le digo, mamá.

—Son mentiras! gritó Frank con mucha indigna-
ción; yo mojé la esponja únicamente para quitar á
Baby el dulce que tenía en la cara, porque Alfie se

la había untado con un pastel de crema, y ella me
errebató la esponja. Eso es todo.

—Pero yo te he repetido veinte veces que te lleva-
ras la esponja, replicó Ettie.

Frank, despidiendo chispas por los ojos, exclamó:
—Los hombres no deben obedecer á las mujeres,
no señor!

La madre se interpuso:

—¡Silencio, niños, que no dejan dormir á Baby.
Mira, Frank, ve á traermela... toma el chal de la-
na. Y tú, Ettie, ¿en qué piensas? son las seis y me-
dia, tu papá va á llegar y las cosas del baño aún no
están listas.

A estas palabras, Ettie salió corriendo.

Todas las tardes una vez terminada la comida, el
papá trae en la cubeta el agua para el baño. A Ettie
le toca la tarea de preparar la esponja y el jabón, el
peine, el cepillo, las toallas, las cinco camisetas de
dormir, y, por último, los cinco bizcochos que no de-
berán sor tocados hasta el fin de la ceremonia.

Aquella tarde procuraba darse prisa para ganar el
tiempo perdido.

—Listo! exclamó al fin.

La señora Brown dejó sobre el velador el delantal
que cosía á la luz de la lámpara y dirigiéndose hacia
la ventana que caía sobre el jardincillo, exclamó:

—Ahí viene el papá... ya abre la verja; voy á
prepararle su cena. Ettie, cuida á Baby que quiere
coger el carbón.

Como de costumbre, Stan y Frank que han estado
espiando el momento de la llegada de su padre, se le
cuelgan de las piernas, y de las manos, para ha-
cerse llevar así hasta la casa. El está acostumbra-
do á este recibimiento, y aunque algo fatigado por

un largo día de trabajo en la oficina, jamás ha pensado en librar su cuerpo de estos pequeños garfios.

Primero habían sido Ettie y Frank; ahora eran Frank y Stan. Mas en breve estos tendrían que abdicar en razón del principio que sólo concedía este privilegio á los más pequeños de la familia.

La señora Brown fué hacia su marido, y echándole los brazos al cuello, le besó tiernamente varias veces.

—¿Dónde está Baby? preguntó, desembarazándose del sombrero que colocó sobre la mesa.

Ettie, vacilante, apareció con la pequeña que se abrazaba á ella fuertemente; pero, al caminar pisó la punta del chal, y Baby vino al suelo. El padre corrió á levantarla, y sosteniéndola en el aire cuan alto pudo, hizo que desapareciese de su linda carita el gesto del llanto que ya comenzaba á nublar sus ojos.

La señora Brown sentóse á la mesa junto á su esposo; sirvióle el té humeante, y puso en su plato el sabroso *curry*, las patatas y las coliflores.

Comía él con gran apetito, en tanto que las arrugas de su frente borrábanse poco á poco al sentirse acariciado por esa atmósfera de paz y de ternura que le envolvía.

Baby, se sube á la punta de la mesa que no tiene mantel, junto á su mamá que, con los brazos entrecabiertos, está pronta á recibirla. Ettie acerca la sal y la mostaza, de las que el señor Brown finge servirse muchas veces para dar gusto á la niña; Frank pasa su cabeza bajo el brazo con que el señor Brown maneja el tenedor, y Stan pasa la suya bajo el que sostiene el cuchillo: sólo así creen demostrar suficientemente el cariño que profesan á su padre. Alfie se echa al suelo gritando:

—Azúcar! quiero azúcar.

Si bien es cierto que la azucarera está casi vacía debido á las medidas preventivas que, como buena ama de casa, toma la señora, hay allí un delicioso *pudding* con miel que hace brillar los ojos del papá—goloso en tratándose de platillos azucarados. Una vez que el *pudding* queda reducido á un tamaño que quita toda esperanza á Frank y Ettie de saborearlo al día siguiente, el padre se prepara á fumar. Ettie corre en busca de los cerillos, mientras que Frank se esfuerza para limpiar la pipa; mas en este capítulo el señor Brown no se anda con complacencias y tórnanse exigente. Los niños levantan el mantel. Se acerca ya el asunto importante de la velada.

—Echa una poca de leña á la calentadera, ordena á Frank el señor Brown. El agua va á estar fría sin necesidad ninguna.

Frank obedece, ayudado por Ettie; Alfie y Stan están en la cocina, ocupados en juntar las migajas para dárselas á los pollos. Baby en el regazo de su padre, mira, soñolienta, cómo brillan y se juntan las rojas llamas de la chimenea.



Pero Baby, impaciente por entrar al baño, no recorda sino con un *rrrrrr* de enojo que hizo decir á Stan:

—Déjenla! quiere estar conmigo.

—Sí, seguramente, dijo el padre sonriendo, y á su vez preguntó:

—Y á mí?... ¿Quieres que yo te eche al agua, monina?

Ella comprendió y le tendió sus bracitos rosados, llenos de hoyuelos.

—Un instante, exclamó Ettie con aire de importancia, sumergiendo la mano en el agua. Todavía está muy caliente!...

Pero Baby se sumerge en el agua tentadora donde se agita con píos y aleteos de gorrioncillo; evidentemente no profesa, sobre el agua, las mismas ideas que su hermana mayor. La mamá cubre de espuma blanca su cuerpecito, las orejas transparentes, los piececillos no más grandes que los de una muñeca, los espesos bucles de oro, mientras que el padre aprieta en lo alto la enorme esponja henchida de agua cristalina que cae en una lluvia sonora.

Los demás chicuelos reclaman la esponja según su turno, y cuando llega el de Alfie, Baby le arroja á la cara un chubasco de agua que la ciega; Ettie tiene que desvestirla inmediatamente.

—Dios mío! Son ya más de la ocho, exclama la señora Brown, asustada. Despachemos! Cambia el agua, hijito, dice á su esposo.

Ettie calienta una tohalla, mirando distraídamente para otro lado; y cuando lo blanco de la tohalla ha dado lugar á un hermoso agujero que huele á quemado, se affige y llora tanto, que es imposible reñirla. Traen otra que calienta con más cuidado y la extiende sobre las rodillas de su madre que al punto saca del agua á Baby, enrojecida y á punto de llorar. Pero no... la tohalla, bien caliente, en la que se envuelve, seca las lágrimas que comenzaban á correr, y es entonces un gorjeo de risas que se redobla al ver á Alfie caer en el agua como un grueso paquete.

El padre acerca la cuna junto al fuego, bastante lejos de la tina para no salpicarse. La mamá coloca en ella á Baby que hace un pequeño mohín cuando ve que Alfie es ahora el blanco de todas las miradas; pero Ettie se inclina sobre la cuna de cortinillas azul pálido y canturrea con dulce sonsonete:

—Barba de oro... boquita de plata... cachetito lindo... carita rosada... toc, toc, toc.

Mientras que Baby, con su bizcocho en la mano, recostada en la almohada de pluma parece no desear nada más.

Una vez bañados Stan y Frank, y envueltos en sus *pyjamas* rayadas de azul y color de rosa son transportados á su recámara por el papá que tiene que volver al baño á traer los bizcochos olvidados.

Ettie desde que tiene siete años se baña sola, de lo que se vanagloria en voz alta con intención de provocar la envidia de sus hermanos; pero su mamá la seca y peina sus largos cabellos que le caen por la espalda cual un manto de trigo maduro. Después de llevarla á su recámara, como á los demás, el padre vacía el baño, en tanto que la madre cuida de que los niños recen sus oraciones, Stan es el primero:

—Padre nuestro que estas.....

Pero al punto se interrumpe.

—Mira, mamá, la plumita que se sale de la almohada.....

—Chit! dice la madre en tono de reproche, continúa.

—Santificado sea tu.....

Segunda interrupción.

—Seguramente mataron á un pobre pollito y esta pluma es de él?.....

—Continúa, repite la madre.

—...nombre, venga nos á tu reino, etc.

Franck es más reverente, por más que sus oraciones sean más largas en razón de su edad. Con todo, se interrumpe también para acusar á Stan de que le está dando patadas y no lo deja acabar.

La fé de Ettie ha llegado á un grado que á veces pone en aprietos á su madre.

—Dios puede hacerlo todo, ¿verdad, mamá?

—Por supuesto, hijita, todo....

—¿Puede hacer que Londres quepa en una botella?

—Qué tontería!

—Oh! yo sé bien que no lo hará pero ¿puede hacerlo?

La joven madre, sin saber qué decir, responde:

—Sí, ciertamente; pero no hablemos más de eso, linda, no es conveniente....

Todas las noches hace preguntas de este género, de las cuales la fé de Ettie sale más segura y más fuerte, á pesar de la dificultad evidente de su madre al responderle.

Esa noche, como de costumbre, se arrojó sobre su almohada para rezar al niño Jesús y pedirle que bendijese á su familia y á sus amigos. Después pasó á hacer sus peticiones particulares:

—Buen Jesús, hace mucho tiempo que mi casa de muñecas es roja, ¿si pudieras solamente pintármela de verde!..... Haz que no tire yo á Baby sino cuando se me caiga sobre una cama, ¡es todavía tan chiquita, y su cabeza tan tierna! Haz que ayude á mamá con empeño. Haz también que pronto tenga catorce años para que mis hermanos me obedezcan; que me guste ir á la Iglesia; que Frank no me pellizque durante el oficio, porque eso me distrae, y haz que me despierte muy temprano para ayudar á mamá á vestir á Baby y á Alfie.... En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amen.

Al fin todo queda en silencio.

El padre, cuyo rostro expresa profunda fatiga, se sienta en un ancho sillón, y la esposa se despereza muy cansada también.

Los dos hablan bajo.

—Los niños se han dormido ya, murmura la señora Brown á media voz.

Pero Alfie abre sus ojillos que brillan de malicia y que sus palabras desmienten.

—Quiero agua, dice.

Muy á su pesar la señora Brown se levanta y le pone en los labios un pequeño vaso con leche tibia.



El señor Brown pasa sus manos por los cabellos de su mujer, sentada en una silla baja, y acaricia la hermosa frente fatigada que ella ha reclinado en las rodillas de su marido, en actitud graciosa y tierna.

Ah! el delicioso momento de paz y de amor en el que se regocijaban sus dos seres amantes, contentos por no tener un solo motivo de queja en su vida feliz consagrada al deber! Pero un gran ruido se oyó detrás de la puerta; Ettie anunciaba que el agua estaba ardiendo, Frank decía que esto sólo debido á él, Stan gritaba que también él había soplado, Alfie balbuciendo sonidos ininteligibles, pretendía hacer la confesión de haber volteado un plato lleno de salza.

Baby salió de su somnolencia, feliz ante la perspectiva del baño deseado. Entonces el papá de nuevo cargó su pipa, la encendió, y levantándose de su asiento, fué á llenar el cubo con agua caliente. La mamá junto á la cubeta sentóse en una vieja silla de madera, y Stan, apoderándose de Baby, la puso en sus rodillass.

En un momento la pequeña estuvo desnuda como un San Juanito. Franck hacíale cosquillas hasta obligarla á derramar lágrimas, á fuerza de reír.

—Besa á tu hermana mayor, dijo Ettie arrodillándose delante de Baby.

—Y á mí? continuó Frank.

—Y á mí? dijo Stan.

—Y á mí? balbutió Alfie.



Después la voz de Ettie que llama desde la otra pieza:

—Papá, por vida tuya, mi muñeca, no Arabella sino Molly: está sentada en una silla cerca del baño.....

Ahora es el padre quien se levanta de mala gana también. Busca por todas partes el objeto pedido; ve una muñeca sobre la cómoda y negligentemente, va á tomarla. Pero su mujer, en tono de dulce reproche, le dice:

—Esa es Arabella. Ettie acuesta siempre á Molly en su lecho, mira, allí está..... en el suelo.

El recoge á mis Molly y la lleva á Ettie.

Al fin va á quedar todo tranquilo! Más..... no; al entrar á su recámara, el Sr. Brown encuentra á

Stan que, con los piés desnudos, se dirige hacia la puerta.

—Olvidé mi conejo en el jardín y voy por él, La madre interviene y pone á su hijo en el lecho. El chiquillo dice entonces con una voz confiada.

—Ah! va papá á traérmelo.....

—Que el diablo me lleve si voy á buscar tu conejo al jardín! protesta con enérgica voz el Sr. Brown. Los esposos recógense de nuevo en la atmósfera tibia de su aposento.

Pero Alfie vuelve á la carga:

—Quiero agua, papá!

—Duérmanse!

—Agua, mamá!.....

—Chit!.....

—Agua, papá!

—Basta! ó me levanto á festejarte!

—Alfie tiene sed, mamá.....

La madre intenta levantarse; pero el padre la retiene con él, amenazando de nuevo al chicuelo.

—Si no te duermes inmediatamente, voy á buscar un chicote.

—Tengo sed!..... insiste Alfie, sofocando un fuerte sollozo.

Y una duda se levanta en el espíritu del padre: tal vez la pequeña dice la verdad. Y se levanta para darle agua. Todavía! Qué es lo que sucede en la otra recámara?..... Por qué lloras Stan?.....

Ninguna respuesta.

—Frank, ¿por qué llora tu hermano?....

—Porque dice que su conejo va á coger un catarro en el jardín.

El padre, con dulce resignación, prende un cerillo, y despues de encender la linterna, se prepara á salir, diciendo mal humorado:

—Ese tuno va á lloriquear toda la noche si no le traigo su maldito conejo!.....

Y en el jardín, á la incierta luz de la linternilla, le es necesario, para encontrar el maldito conejo, librar una caza en toda regla bajo las breñas, en los arriates, en el columpio, en el gallinero. Al fin! hélo allí....

colgado de la rama de un manzano! El señor Brown no puede dejar de sonreír ante esa ridícula caricatura de conejo, tan querida de su hijo! Ah! cuánto lo quiere! á juzgar por su júbilo cuando toma en sus brazos al favorito pródigo.

Cuando el señor Brown fué á reunirse á su mujer, la encontró apagando el gas de la cocina

—Todo está concluido? le preguntó.

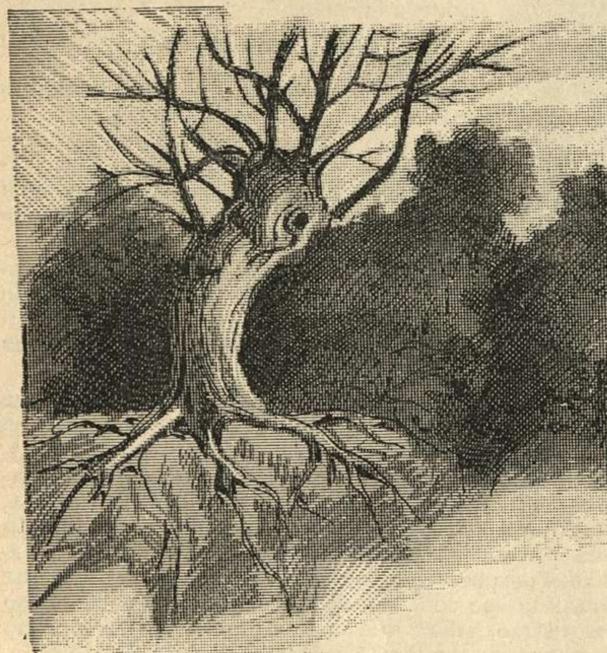
—Sí, todo, respondióle ella sonriendo....hasta mañana.

—Es un infierno ese baño, dijo él, con tono de convicción. Ojalá que mis medios me permitiesen poner una criada, mi pobrecita *mignonne!*....

—Vamos, pues! Yo tengo tiempo para todo. Sabes bien que me disgusta ver gente extraña entre nosotros.

Y abrazando á su marido como en los primeros días de su bendita unión, posó los labios en sus sienas dirigiéndole una mirada de amor y gratitud.

ETHEL TURNER



I

Encontráronse una vez dos hadas junto á la ladera de un bosque inmediato á la ciudad.

Una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor por no haber sido invitada á las fiestas que se habían celebrado para el bautizo de la hija del rey; pero la otra, denominada Filinda, hallábase en extremo satisfecha porque la habían convidado á la ceremonia.

Y con las hadas ocurre lo mismo que con los hombres; son buenas cuando están contentas, y la tristeza les predispone al mal.

—Buenos días, hermana, dijo Filinda.

—Buenos días, gruñó Urganda; supongo que te habrás divertido mucho en la corte del rey Mataquín.

—Muchísimo. Las salas estaban tan bien iluminadas como nuestros palacios subterráneos y se sirvieron vinos exquisitos, manjares en platos de oro sobre manteles de encajes. Luego se bailó.....

—Sí, sí, desde aquí he oído los violines. Y en pago de la hospitalidad del rey habrás hecho á la princesa seberbios dones.....

—¡Pues es claro! La princesa será hermosa como el



día; su voz se asemejará á la del rui señor y tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables. Además,

cuando esté en edad de casarse, contraerá matrimonio con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo.

—¡Perfectamente! dijo Urganda haciendo crujir los dientes. Yo también quiero mostrarme generosa con ella.

—Pero no vayas á otorgarle un don fatal.

—Puedo ejercer contra ella uno de mis conjuros.

La princesa Victorina será hermosa como el día, ya que ninguna hada puede deshacer lo que otra ha hecho; su voz se asemejará á la del rui señor; tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables y se casará con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo; sino que.....

—Sino que.....replicó Filinda llena de inquietud.

—Sino que, cuando se case, dejará de ser mujer para convertirse en hombre.

Filinda lloró y suplicó con desesperación, pero todo fué en vano. Urganda no quiso escucharla y desapareció como por ensalmo, mientras la otra meditaba acerca de los medios de que podría valerse para evitar las consecuencias del terrible conjuro.

II

A los diez y seis años era tan hermosa la princesa Victorina, que en todo el mundo no se hablaba más que de su extraordinaria belleza. No hubo nación que no enviara embajadores á la corte de Mataquín con objeto de pedir la mano de la princesa para los más ricos y poderosos monarcas.

Pero el rey y la reina, conocedores del terrible secreto, no sabían que contestar. Despedían cortésmente á los embajadores, sin consentimiento ni negativa, y se desesperaban ante el caso singular que les ocurría.

Cierto día jugaba Victorina en el jardín del palacio de sus padres, cuando oyó ruido en el camino inmediato. Alzó los ojos y vió un magnífico cortejo que se dirigía al regio alcázar.

Al frente de la comitiva, y en un soberbio caballo, iba montado un joven de hermosísimo aspecto.

—¡Qué hombre tan gallardo y elegante! exclamó la niña.

Luego pensó que si el mancebo tenía intento de pedirla en matrimonio estaba ella pronta á concederle su mano.

El joven, que al pasar había visto á Victorina, se detuvo y le dijo:

—Plegue á las hadas que seáis la hija del rey Mataquín, porque vengo á casarme con ella y sois la criatura más encantadora de la tierra.

—¡Pues soy la princesa Victorina!

Desde aquel instante se amaron con delirio.

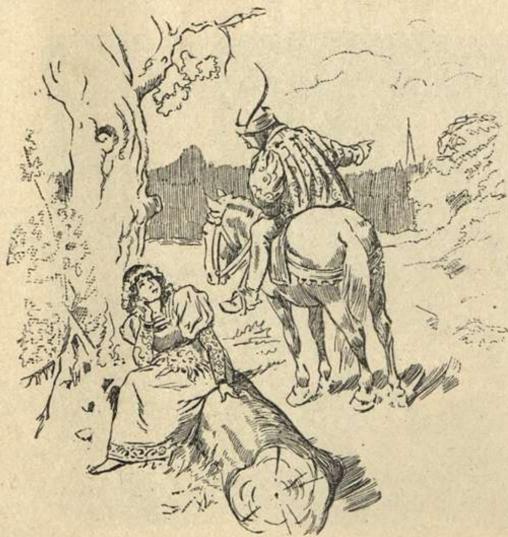
III

¡Júzguese cuál sería la situación del rey y de la reina!

No se trataba ya de satisfacer la petición de un embajador, sino la de su propia hija que les suplicaba con lágrimas en los ojos que accediesen á la demanda del recién llegado caballero.

Por otra parte, el príncipe Diamante, hijo del emperador de Golconda podía poner en pié de guerra cuatro ó cinco ejércitos, y no era cosa de desairarle torpemente.

No pudiendo revelar tampoco el fatal secreto, que hubiera sido considerado como absurdo, consintieron al fin en el casamiento de los dos amantes.



IV

El rey y la reina estaban sumamente intranquilos el día de la boda, y sólo abrigaban la esperanza de que el hada maldita hubiese desistido de su venganza.

Al día siguiente se presentaron los esposos á recibir la bendición paternal.

—¡Hija mía! exclamó el rey lleno de horror.

—¡Victorina!.... sollozó la madre.

—No soy vuestra hija, sino vuestro hijo Victorino.

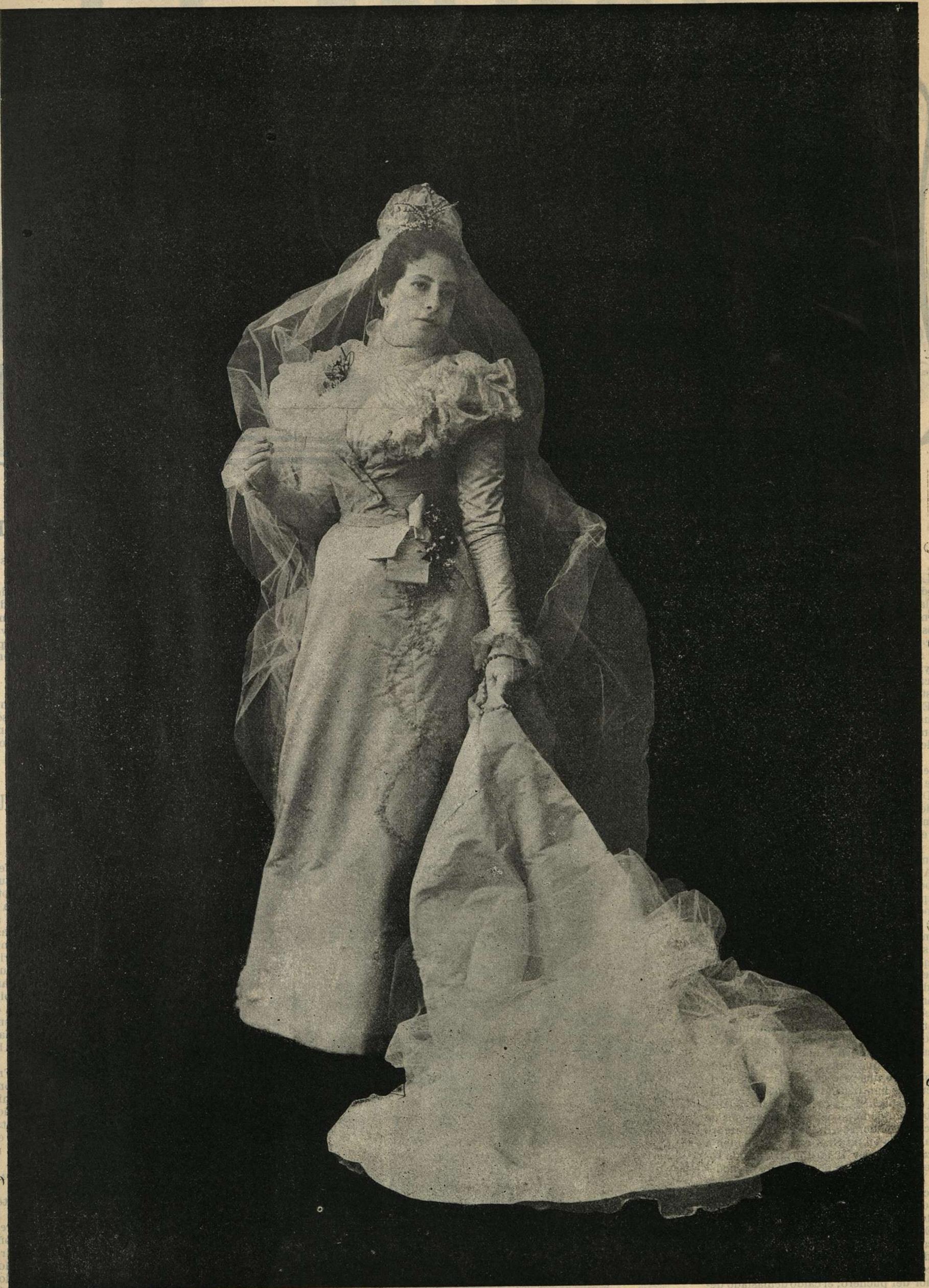
Y volviéndose á la puerta, añadió:

—¡Ven, hermosa Diamantina! ¿Por qué tiembles así? ¡He aquí á mi esposa!

¿Qué había ocurrido para aquel cambio?

Que mientras la princesa se convertía en gallardo mancebo, el príncipe, merced á otro conjuro de Filinda, se trocaba en hermosísima y agraciada doncella, burlando así el hada protectora de Victorina los efectos de la perversidad de Urganda.

CATULO MENDEZ.



Muestra de los trabajos fotográficos ejecutados en el taller de los Sres.

TORRES HNOS, Calle de la Profesa núm. 2, MEXICO.

El taller favorecido por la sociedad elegante de esta capital.

Páginas de la Moda



FIG. 1.—GRUPO DE SOMBREROS DE VERANO.

Recetas útiles.

PUCHERO.

La carne de buey más fresca posible, ni demasiado magra ni demasiado grasa, es la mejor para el puchero. La proposición más conveniente es la de 500 gramos de carne por cada litro de agua. Es necesario llenar el puchero, es decir añadir á poca diferencia tanta agua como se haya evaporado por la ebullición, cuando la carne está á punto de haber cocido lo bastante.

Es del todo inútil limpiar la carne con agua hirviendo; basta ponerla inmediatamente al fuego con la cantidad de agua y de sal proporcionada al peso de la carne. El fuego puede ser bastante vivo hasta el momento de la primera ebullición que hace subir la espuma.

Desde las primeras ebulliciones, si se quiere tener un caldo muy claro, perfectamente exento de espuma, hay que echar en el puchero un vaso de agua muy fresca, y espumar tan pronto como la ebullición empieza de nuevo.

A partir de este momento, el puchero debe hervir muy despacio, pero sin interrupción; se le puede retirar del fuego y colocarlo al lado, cuidando solamente de que continúe hirviendo. Este es el momento en que conviene echar las legumbres en el puchero. El mejor método para que las legumbres no se deshagan al cocer y no enturbien la transparencia del caldo, es el de partir en dos una grande zanahoria en sentido longitudinal. Métese entre los dos trozos un berro, una pastinaca, un nabo y uno ó dos troncos de apio, y se atan luego los dos pedazos de zanahoria por medio de un hilo. Al mismo tiempo que estas legumbres, se añade al puchero una gruesa cebolla, dentro de la cual se han metido antes dos ó tres clavos de especias. La cocción de un puchero bien cuidado no debe durar menos de cinco ó seis horas. Si, según costumbre establecida en muchas casas, se añaden á la carne de buey 125 ó 150 gramos de tocino, se tendrá éste en cuenta para moderar la dosis de la sal; el tocino, que cuece mucho más aprisa que el buey, será retirado del puchero dos horas antes que el resto de la vianda.

En el momento de escaldar la sopa, si la carne empleada estuviese algo cargada de grasa, se desengrasará el caldo, pero con discreción, quitando la parte superior del puchero; el caldo demasiado desengrasado pierde una gran parte de su valor. Muchas cocineras, cuando el caldo les parece demasiado pálido, acostumbran á darle color con un pedazo de cebolla tostada.



FIG. 2.—TRAJE DE CASA.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE SOMBREROS DE VERANO.

Damos un grupo de sombreros de verano de la más encantadora novedad y de las más variadas formas. En su mayoría llevan flores alternadas con tules y penachos de follaje. Todos son de paja de Francia de diversos colores, predominando el claro.

FIG. 2.—TRAJE DE CASA.

De sarga de seda gris acero, con tableros que se encuentran en ángulo sobre el pecho, dándole la apariencia de un peto. A derecha é izquierda dos aplicaciones de guipure enlazadas con galones.

OTRO PAGO DE \$10,000 DE "LA MUTUA" EN PUEBLA.

Un timbre de \$10 debidamente cancelado.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$10,000 plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 421,834 bajo la cual estuvo asegurado el finado señor D. Antonio Castaños y para la debida constancia en nuestro carácter de albaceas y beneficiarios los tres primeros, y el último como tutor de los menores Ramona, Antonio, Pilar, Elena, José y Carmen Castaños, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Puebla á 3 de Abril de 1899.

Firmados.—Angela Castaños, Francisca Castaños, Leandro Castaños, como tutor de los menores herederos Antonio, Pilar, Elena, José y Carmen Castaños, advirtiendo que la otra heredera Srta. Ramona Castaños, que era menor de edad y estaba representada por mí, es la mayor de edad, y firma también al calce.

BLAS REGUERO Y CASO.—RAMONA CASTAÑOS Y H.—Rúbricas.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

Certifico: que las firmas anteriores han sido puestas en mi presencia por Doña Angela, Doña Francisca y Don Leandro Castaños, por la Srta. Ramona Castaños, por el señor D. Blas Reguero y Caso, los tres primeros albaceas y herederos y el último tutor de los menores igualmente herederos de Don Antonio Castaños. Puebla, 3 de Abril de 1899.

Firmado.—PATRICIO CARRASCO, Notario Público.—Rúbrica.